

Premiada con Medalla de Plata en la Exposición Internacional de Milán de 1906

AÑO III

Lima, á 16 de abril de 1907

U. N. M. S. M.

BIBLIOTECA CENTRAL

EROTECA

FOND. ANTIGUO

NUM. 36



Los niños Levasseur de Bonneterre
(Cuadro de Jacques Dauloux.—Colección de M. Wittorski)



.....los maestros como
los dioses se van

E. Rodó.

NUMA POMPILIO LLONA, el noble lírico ecuatoriano acaba de morir. Ayer, no más, la Pálida cegó implacable la moruna cabeza de un poeta luchador y soberbio, que se desplomó silencioso entre nuestra inútil lamentación; y como si una víctima ilustre no hubiera sido bastante para saciar su hambre de vidas, hoy, vuelve la mirada de sus negros ojos sin pupilas hacia otro bardo, bardo anciano y venerable, reliquia y recuerdo al que las glorias y los años daban algo de sagrado.

Y he aquí como en tan poco tiempo arrebatada la muerte, del horizonte literario dos figuras de gran relieve, de indiscutible valor en nuestras letras. Digo en nuestras letras porque el Perú no ha podido, ni puede jamás ver á Llona como á un extranjero; muy joven, casi niño lo acogió en su seno, lo educó y lo formó y fué bajo el azul de su cielo y hacia las nevadas cumbres de sus Andes donde la inspiración de este poeta desplegado las alas ensayó la imponente magestad de su vuelo.

Numa Pompilio Llona no olvidó nunca á su segunda patria, muchas preocupaciones le inspiró su suerte, muchas antipatías su amor por ella, se envaneció con nuestras glorias, cantó á nuestros héroes, lloró con nosotros las adversidades y el dolor, siempre tuvimos en su corazón y en su lira lugar preferente; y es preciso reconocer

que el Perú literario supo siempre corresponder al cariño del huésped poeta, la generación romántica le contó como á uno de sus más brillantes colaboradores, la juventud vió siempre en él un gran artista; y si es cierto, que no faltó algún escribidor mediocre y audaz, que con muecas de clown y críticas baratas le atacó un día, los espíritus selectos y cultos, la *élite* que le conocía por sus obras notables supo colocarle entre los poetas de primera línea en la lírica americana.

En sus últimos años Llona decayó visiblemente lo había perdido todo, el vuelo poético y el verso que lo encerraba, el licor divino y el cáliz de oro en que se servía. Para conocerlo es menester leer *Clamores de Occidente*, colección en la que hay composiciones como *Los caballeros del Apocalipsis*, *Semejanzas*, *Las ilusiones perdidas*, *Noche de dolor en las montañas*.

Más que un romántico de intenso sentimentalismo de vibrante emoción, era un parnasiano por la plástica y serena sonoridad de sus estrofas, era un retórico, un artista de la frase, paciente burilador de la palabra, orgulloso dueño del ritmo. Su verso es redondeado sonante, de clásicos lineamientos, de factura acabada y magistral.

Tenía como Leopardi la concepción de una naturaleza fría y muda, indiferente é implacable y esa misma tristeza helada, desoladora. Tenía de Alfredo de Vigny la nota angustiada y desgarrante, la amarga desesperación. Y sin llegar á la altura de estos maestros supo ser sincero, grande, soberbiamente triste.

Los *Caballeros del Apocalipsis*, que es á mi entender, la más hermosa de sus producciones, es una visión trágica y terrible, macabra cabalgata de pálidos ginetes que marchan hacia el abismo del humano destino, hacia las negras sombras de la muerte. Cuadro extraño al que el arte del poeta ha sabido dar pinceladas sombrías toques acertados y audaces.

Noche de dolor en las montañas es una meditación hondamente filosófica sobre el mundo y sobre la muerte; sobre el prodigioso mecanismo que encadena á los astros y sobre la frágil vida humana que en su desaparición y en su dolor nada significa ante las estrellas eternamente luminosas, ante el milagro del Universo indiferente. *Semejanzas* es la pintura de una naturaleza dantesca, hostil y bravía, de una lucha titánica entre las olas turbulentas y las rocas impasibles, lucha que según el poeta simboliza la del espíritu combatido por la amenaza del deseo y por los vientos de la pasión. *Las ilusiones perdidas* no tienen como las anteriores ese ambiente doloroso y torturado; son tristes, pero con la suave tristeza de un poniente melancólico. En el agua de un azul profundo bajo la lenta agonía del sol, entre los pálidos celajes del crepúsculo, boga la galera que conduce á las ilusiones, hermoso grupo de mujeres que al alejarse entonan en sus cítaras de oro la doliente canción del adiós.

Llona supo también encerrar felices pensamientos acentos inspirados, esmaltes y joyas entre la delicada urdimbre del soneto, en su difícil malla de encanto. Fué un maestro en esa forma métrica que si ha sido prostituída por copleros ramplones, ha sido también divinizada por el gran parnasiano José María de Heredia, porque sus manos de artífice milagroso esculpieron en ella la sonora pompa de sus blasones, bruñeron el bronce heróico de sus armaduras, templaron el acero centelleante de sus espadas y cincelaron el radioso triunfo de sus copas de oro.

En este artículo necrológico, en esta ligera impresión sobre la vasta obra de Llona es imposible decir todo lo que de él puede decirse. Merece un estudio detenido y amplio que algún día me propongo escribir. Hay en nuestra literatura reputaciones tan inconsistentes y nombres ilustres tan inmerecidamente postergados, que un análisis serio ageno á necias patrioterías y desprovisto de prejuicios puede con poco esfuerzo destruir glorias fundadas en el *réclame* y enaltecer nombres ilustres que la ignorancia ó la injusticia han olvidado y oscurecido. Numa Pompilio Llona no pertenece á los primeros y hasta hoy no se cuenta entre los últimos. Pero es necesario estudiarle y comentarle, apreciar sus méritos, mostrar sus defectos y fijar su verdadero, su legítimo lugar en las letras americanas.

RAIMUNDO MORALES DE LA TORRE.

En la muerte del insigne vate Dr. Numa Pompilio Llona

(A SU ESPOSA)

I

La inexorable ley ya está cumplida....
y aún escucho del labio palpitante
del egregio Cantor agonizante
la temblorosa voz desfallecida.....

En pavorosos ecos difundida,
turba el silencio del solemne instante,
y al desgarrar tu corazón amante
la frase de la eterna despedida,

Yo que siempre en amarte soy profusa,
al Cielo imploro desolada Musa!
sea digna tu actitud de tu renombre!

Y—en tu martirio—con valor que asombre
iquebrante al cruel Dolor la mujer fuerte
ante el horrendo abismo de la Muerte!....

II

El, en felices ó en adversos días,
de tí apartando la mundana escoria,
lo selecto grababa en tu memoria,
de antiguas ó noveles poesías.

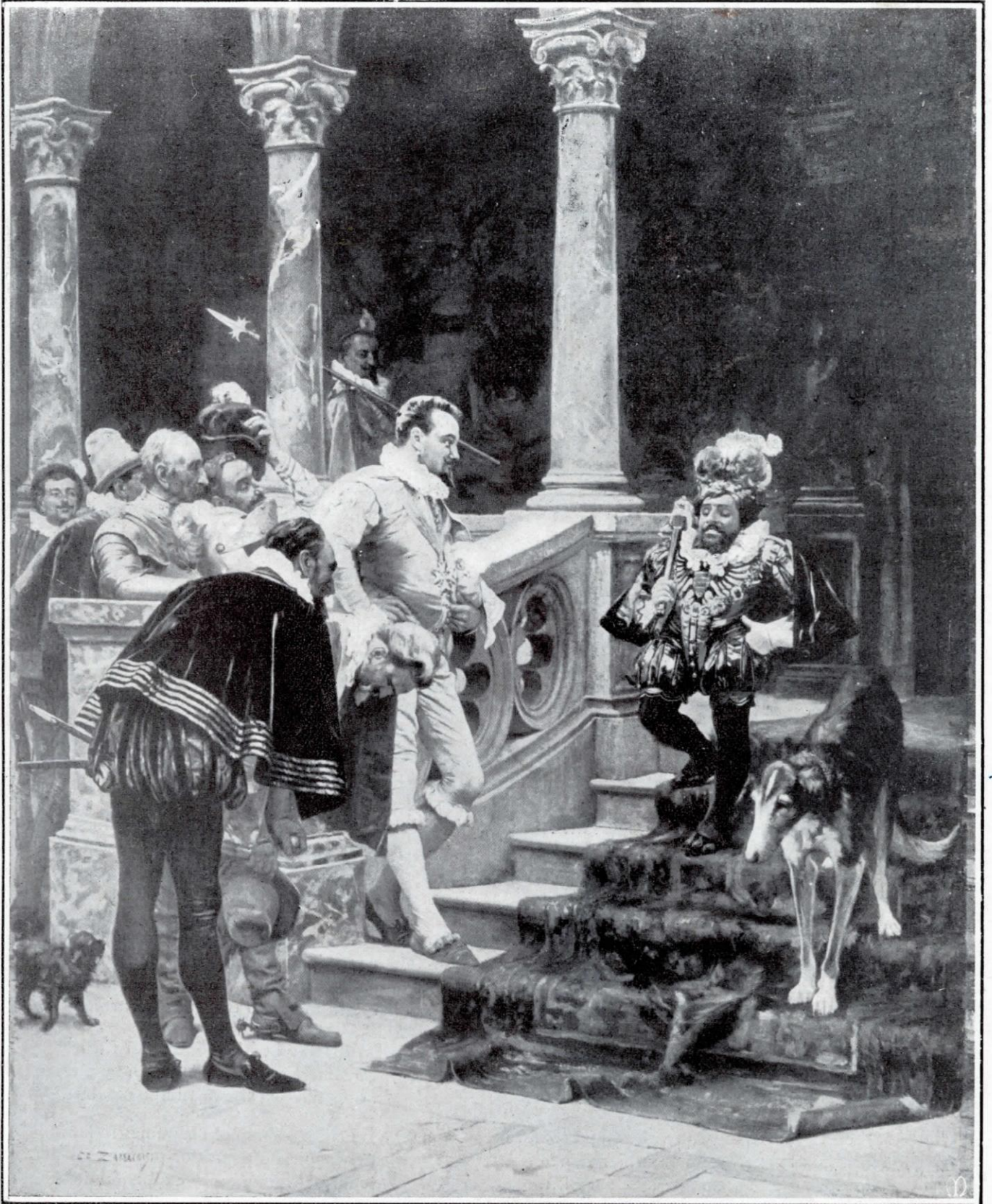
Tú, que en su noble corazón tenías
por única rival la excelsa Gloria,
para dar nuevos timbres á su historia
¡paga al bardo tu deuda en armonías!

Revelando á los siglos del futuro
tu inmenso amor inenarrable y puro,
antes que para tí la tumba se abra,—

En alto verso el Monumento labra
del inspirado pensador profundo
icoloso Artista en la extensión de un mundo!

DOLORES SUCRE.





El favorito del rey

(Por E. Zamacois)



Excmo. Señor Domício da Gama

Foto. Moral

Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República del Brasil

REGRESIONES

Para «PRISMA»

ENCUENTRO siempre en las *Notas de Artes y Letras* de Clemente Palma, junto á la aguda observación crítica y al sereno juicio literario, un castizo donaire, dón de nuestro criollismo, que constituye caracter "representativo".

Y en las últimas, ó acaso en las penúltimas, hay algunas páginas de viva sátira contra un libro de CONFERENCIAS del Padre Paulino Alvarez. Son saetazos muy finos, *facecias* del Renacimiento, que quizá no merecía el librego.

Pero me equivoco. Palma entregado á severas tareas, necesita vagar. Es catedrático consciente, es director de la revista *El Ateneo*, es escritor de pensamiento y de estilo. Tayllerand decía que nada reposa tanto como una mujer imbécil; y yo aplico esta frase á un sacerdote fanático y de pujos intelectuales. Ha sonreído el amigo Palma y ha dado golpes á estilo conventual, con disciplina afligranada. Y yo le agradezco en el alma que haya defendido la ilustre memoria de mi padre contra las inconveniencias de este virtuoso sacerdote que se cree gracioso porque nació en España, como si no hubiera diferencia entre el chiste de un *baturro* aragones y la sal de una manola sevillana.

Y vamos á la parte seria del asunto. Es triste el caso de este libro. No creía que á tan interesante decadencia hubieramos llegado en el orden religioso. Ha habido en nuestra vida republicana, momentos de brillo católico, de elocuencia apologética, antes de 1860, y, después de esa fecha, diversos períodos de lucha y de gloria. Pero ya pasaron y se vuelven temas de leyenda, Luna Pizarro, á quien Flora Tristán llamó "nuestro pequeño Lamennais", y Herrera con su vasta cultura, y Valdivia y Aguilar y Tovar, nuestro Arzobispo, valiente contradictor de Vigil. Ya ni recuerdo existe de polémicas levantadas, como aquella entre el doctor Ribeyro y monseñor Roca que registran los ANALES UNIVERSITARIOS. Ni hay discursos en la Universidad como el célebre del mismo Ilustrísimo Señor Tovar. Todo va en degeneración progresiva, en tristísima bancarrota. En los últimos veinticinco años se han publicado dos libros las PÁGINAS RAZONABLES del P. González y estas CONFERENCIAS..... ¡Qué lozanos productos de cretinismo!...

Hay más en ellas: hay regresión funesta al pasado. Los párrafos que cita Palma son de otro siglo, son supervivencias medievales. Uno de ellos *floron* de estas Conferencias, es este: "Los jefes de Estado subsisten debido á los ejemplos y predicación del clero. Pobres gobernantes el día en que la Iglesia callara. Caerá entonces el sol y consigo arrastrará á los astros; y los tronos y sillones presidenciales serán menos que astillas". Así, con su *pastiche* bíblico al final, como quien va ya á sonar la trompeta de Jericó. Cambiad esta prosa ingenua de colegial por buena *fabla* antigua, y ello resulta del siglo XIII, haciéndole mucho honor. Por menores cosas se levantó violento é irrespetuoso el brazo de Nogaret. Y esto se imprime ahora. Vivimos en

el siglo XX y hay en el Perú hombres del siglo XIII que ejercen influencia!..... ¿Qué hacer con este abismo de seis siglos? Adonde vamos con esta regresión intelectual? No se si me engaña esta voz interior que se llama patriotismo: pero yo creo que en la fuerza educativa de tales pensamientos, hay oposición radical á nuestro ideal republicano, al patronato, á nuestra tradición religiosa y política. Cuando queremos precipitar la evolución de los cerebros nos encontramos con representantes de una mentalidad prehistórica, con ejemplares de una fauna olvidada.

Ultimamente leía yo, en una página irónica de *Sganarelle*, una observación muy acertada: que en nuestro medio los mismos animales pierden sus atávicos caracteres de sangre y de violencia. Ya decía Unanue en su admirable disertación sobre el clima de Lima, que nuestra costa *emollit animos clementia coeli*. Solo la teología se vuelve agresiva, escapando á ley del clima. Lo escrito contra el DICCIONARIO DE LEGISLACIÓN, por lo que este dice de la caridad es un ejemplo inquietante. En vano se consagran vigiliias á la legislación y se estudian todas las instituciones canónicas y se profundiza el derecho de la Iglesia; porque un padre Alvarez cualquiera destruye esa ciencia con ignorancia de catecúmeno. Y es curioso y singular el caso de un sacerdote que condena á un laico, porque este dice que Cristo aconsejó á los sacerdotes de modo solemne, la caridad para que fueran santos. Ahora los laicos vamos á defender la caridad. Y yo le ruego al padre Alvarez que lea á San Pablo. En la Epístola á los Romanos, cap. XIII, vers. 10, dice el apóstol que la caridad es el cumplimiento de la ley. En el capítulo XIII de la Epístola á los Corintios, se lee que la caridad es la mayor de las tres virtudes. Yo le pido que lea todas las Epístolas, que se dé tiempo para eso, y verá como la caridad realiza la trasformación del hombre "viejo" por el hombre "nuevo" por el amor. Aunque el docto sacerdote me dirá, si sabe de estas cosas, que la teología *pauliniana* es sospechosa, porque los exégetas de la escuela de Tubinga han hecho de ella el baluarte del protestantismo. Y sigo pidiéndole: que lea la Apologética de Tertuliano y algunos sermones de Bossuet, y el libro de Montalembert sobre los monjes occidentales, y el admirable *Flos Sanctorum* para que comprenda el sentido de la caridad en la nueva fé. Nunca le será dañosa la lectura, porque ya escribió Boilleau: para él:

Avant donc que d'ecire apprenez á penser

Pero no se crea que el catolicismo del padre Alvarez sea el mismo catolicismo de Francia, Estados Unidos, Bélgica ó Alemania. No, son cosas heterogeneas. Aquí publican los jesuitas grandes revistas, aquí se estudia y se piensa de verdad en el instituto católico; aquí llamarían *sous-cretin* con frase expresiva, al autor de las Conferencias. ¿No sabe el orador dominicano del movi-

miento actual de las ideas religiosas? Conoce á un Battifol, á un Broglie, á un d'Hourliot, á un Freppel?

Yo no sé si hay derechos de aduana especiales, en el Perú, para estos libros. ¡Que impio es nuestro Gobierno! Porque no lo introduce con rebaja de precios? Que le regalen al Padre Alvarez las Conferencias de Monsabré ó de Didon y que las traduzca lisa y llanamente, que no diga nada suyo, que sea vehículo de ideas ¿Porqué ha de esforzarse en decir, con gasto de penosas vigili-
gias, lo que le dicta un sentido común, que francamente no es común, pues para ello con un diccionario habría salido del paso?

Si yo fuera hombre del Gobierno, entendería á mi manera el Patronato. Haría obra religiosa. Nada de luchas contra una religión que es todavía la fuerza de grandes almas, y que tiene más allá de los ritos, un sublime legado moral. Hacer leer á los miembros del clero, erigir en deber la lectura, encargar á las librerías de la rue Bonaparte de este París sabio, todos los libros católicos; crear en todos los Seminarios clases de francés, é imponer el libro católico por medio del Patronato, y vigilar aquello con paternal tiranía, á ver si se espiritualiza y revive un credo cristalizado y logra comprender la obra de buena fé. Ni Renán, ni Strauss, ni el mismo abate Loisy figurarían en tales bibliotecas. Eso sería cruel. Primero hay que instruirlos con buena doctrina, con santos libros, para que puedan luchar sabiamente contra los malos. Y entónces volverán los gloriosos días de Luna Pizarro, de Herrera, de Tovar.

Y en cuanto á mi buen padre Alvarez hay que conquistarle para que figure en el *trust* universitario. No estamos para desdeñar á tal polemista. Me siento con vena de reformador. Y voy á proponer muchas buenas

cosas. Primero que se gradúe de doctor en Letras este orador que no es esperanza sino realidad como dicen los cronistas; que lea una disertación contra las páginas sobre el concepto científico ateísmo que escribió Clemente Palma en una tesis célebre; y que lo reciba la Facultad un buen día dando color histórico á la ceremonia. Que nuestros doctores vistan la toga medioeval, y bajo el *domo* de angelitos churriguerescos, suelte el padre silogismos en *bárbara* y *baralipton*; que, entre muertas al *trust* universitario, una juventud entusiasmada le siga, como á Abelardo en la Edad Media, para escuchar su verbo de oro; que en público concurso se premie el mejor paralelo entre la oratoria sagrada del padre Alvarez y la de Lacordaire; que con extractos de las obras de García Moreno se haga un *Manual del Presidente perfecto*, que será obligatorio para todos nuestros políticos; que se pida al clero que *hable* durante toda elección presidencial, para evitar las catástrofes anunciadas por el discreto é inflamado orador para el caso de que ese clero callara.

Y basta de reformas porque no conozco toda la entidad del libro. No le perdono á mi amigo Palma que no me haya enviado un ejemplar; que reposador hubiera sido hojear, después de una asistencia á la Sorbona ó de una lectura abstrusa, las Conferencias del flamante orador sagrado! Y después traducirlas al francés para espiritual descanso de las futuras vacaciones políticas del perverso ministro Clemenceau; el cual condecoraría sin duda á este buen padre Alvarez porque es, con sus discursos el más sagaz y maquiavélico enemigo de la Iglesia.

F. GARCIA CALDERON Y R.

París, febrero de 1907.

— ANORANZA —

No recuerdas? Luz divina
de la luna entre la fronda,
cantar de brisa en las ramas,
mientras volaban las horas.....

Paz y dulzura en mi alma
que se entreabría cual rosa,
bajo el frescor de rocío
de tu frase encantadora.

Tu blanca mano en las mías,
sin pensar en la traidora
existencia y contemplando
la caída de las hojas.

Mirando tus ojos tristes
como dos negras congojas;
y escuchando las ternuras
musicales de tu boca.

Todo vagando en el mundo
de tu amor, todo en la sola
palpitación de tu vida
alegre y clara de aurora.

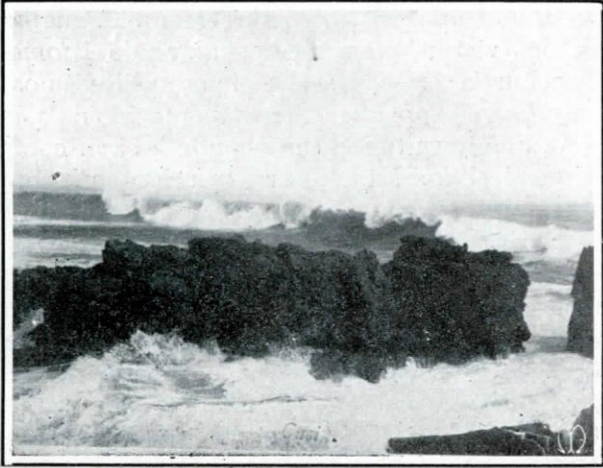
Lejos el mundo, sus daños,
sus inquietudes más hondas;
y esfumada en lo lejano
la tristeza de las cosas.

Nada más suave, con esa
suavidad de vago aroma,
nada más dulce con ese
dulzor que canta y que llora....

No recuerdas? Luz divina
de la luna entre la fronda,
cantar de brisa en las ramas
mientras volaban las horas....

JOSÉ GALVEZ.

DE PROVINCIAS



Braveza de mar en Mollendo



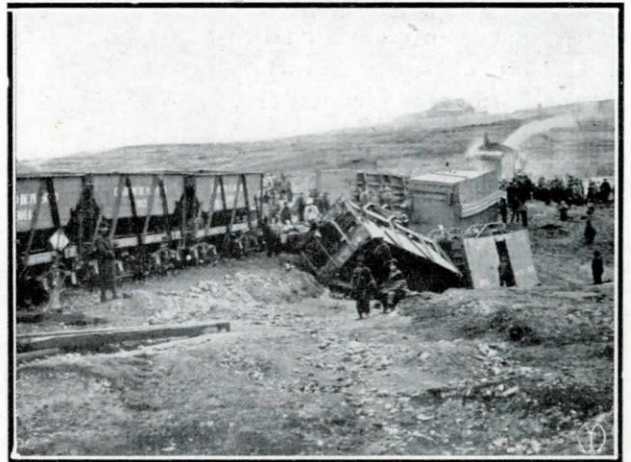
Apertura de la Universidad de Arequipa



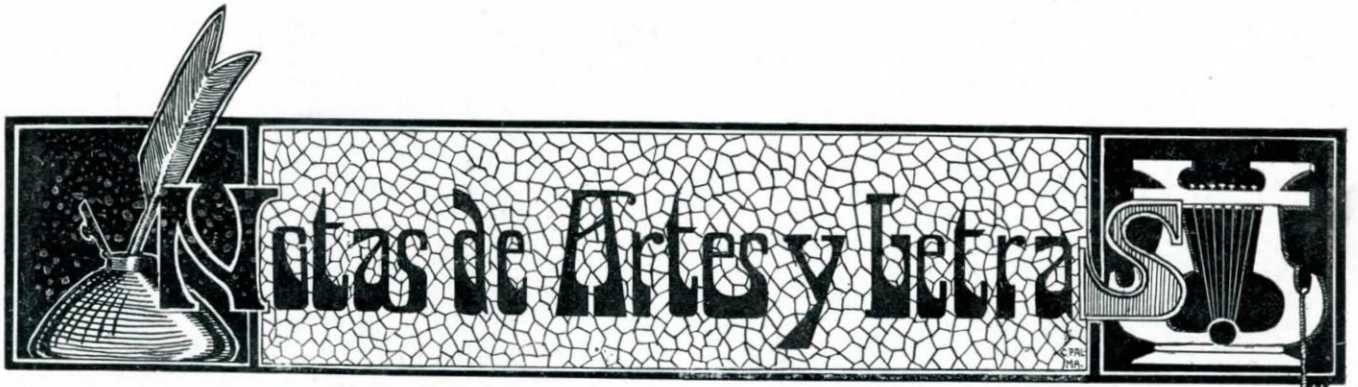
Nueva Subprefectura de Huancayo



La semana santa en Arequipa



Accidente en el ferrocarril al Cerro de Pasco



EL notable escritor Enrique Gómez Carrillo acaba de fundar en París una revista literaria, *El Nuevo Mercurio* y me dice lo siguiente en una circular que ha dirigido á varios escritores: «Sin duda habrá usted notado desde hace tiempo que todo el mundo habla de modernismo y de modernistas. Pero lo que aun nadie nos ha dicho es lo que el modernismo y los modernistas significan y representan dentro nuestra evolución literaria. Del naturalismo, en la época de su apogeo, se dieron explicaciones claras. Del modernismo nada que no sea vago se ha escrito. Sin embargo no cabe ya dudar que la nueva escuela existe, puesto que hasta un catálogo de obras modernistas acaba de ser publicado por la librería madrileña de Pueyo. El momento me parece, pues, oportuno para hacer, siguiendo la moda europea una *enquête* sobre el asunto. De su amistosa bondad espero se sirva contestar á las preguntas siguientes:

—¿Cree usted que existe una nueva escuela literaria ó una nueva tendencia intelectual y artística?—Que idea tiene usted de lo que se llama modernismo?—Cuáles son entré los modernistas los que usted prefiere?—En una palabra, qué piensa usted de la literatura joven, de la orientación nueva del gusto y del porvenir inmediato de nuestras letras?»

En verdad que es muy difícil complacer al amigo Gómez Carrillo, dando una opinión concreta y definitiva sobre una tendencia del arte que en realidad es vaga é indecisa. Sobre el naturalismo si se pudo, como del clasicismo y del romanticismo, tener conceptos claros, puesto que tenían sus fórmulas concretas y su credo perfectamente definido. La misma palabra que denominaban esas escuelas eran una explicación completa; pero el término *modernismo*, que sólo encierra un concepto de tiempo, no significa orientación especial ni del arte ni de ninguna forma de la actividad humana: es simplemente expresivo de novedad, de actualidad, que conviene á cualquier tendencia ó derivación; de manera que si volvieran á verificarse una reacción clásica, romántica ó naturalista en el arte, estas nuevas direcciones serían, por el hecho de su nueva aparición, *modernistas*. Pero la vaguedad de significación del término con relación al espíritu del movimiento no significa que este no exista. Indudablemente que se ha verificado una evolución, y aun cuando sea muy difícil señalar los caracteres concretos de ella, porque no los tiene muy claros aun, debemos darnos cuenta del alcance y la significación que tienen las nuevas formas ó nuevas direcciones que sigue actualmente el arte. Es cuestión de la que no se puede dudar que hay una tendencia nueva en el arte, pero ¿tendencia hacia que ideal? Esto es lo que no creo que pueda determinarse de una manera definitiva todavía; el modernismo está pues caracterizado hoy por una completa indeterminación, por una falta de orientación precisa, y de allí que todos los esfuerzos para hacer una demarcación concreta, fijar los límites entre lo que es modernista y lo que no lo es, y determinar las fórmulas y leyes del modernismo son aventurados. La época en que comenzó la tendencia por lo menos en el arte literario y los caracteres con que entraron las escuelas modernistas á informar la poesía, hicieron presumir que sólo se trataba de una reacción con-

tra el naturalismo. Parecía que, como toda reacción, se detuviera en el momento en que consiguiera imponerse al principio ó escuela contra el que reaccionaba; pero no ha sido así: el movimiento ha seguido, á pesar de las exageraciones que lo desacreditan y de las extravagancias que lo empuñan y ridiculizan. Lo que prueba que el principio que lo inspira no es sólo una reacción de unos cuantos espíritus que no se adaptaban á la tendencia naturalista, sino que está inspirado por un principio más profundo. Y así es efecto: el principio del modernismo es en el fondo el mismo del romanticismo: la libertad del espíritu, es decir la ley más imperiosa del alma humana y la fuerza más enérgica y fecunda del arte. Según esto ¿el modernismo y el romanticismo son la misma cosa con diferentes nombres? Como explicar entonces que las obras modernistas tengan todas cierto *cachet* comun que hasta permita catalogarlas diferenciándolas así de las que no son modernistas, esto es, de las obras románticas que son las que debían parecerseles más? Como explicar sin la intervención de otros principios, esa evolución de las artes hacia la libertad absoluta é individual cuando más bien parece que las obras que se llaman modernistas, obedecieran á un principio de homogeneidad por lo menos en la forma? Hay que entenderse sobre estos puntos aun cuando sea muy difícil explicarse estas cosas y cualquiera explicación sea arriesgada. Las obras románticas y las modernistas, no obstante tener una génesis filosófica semejante, difieren notablemente y ello no puede obedecer sino á que ese concepto común de la libertad individual é imaginativa es interpretado, sentido y vivido de muy diversa manera. Efectivamente en el romanticismo el concepto de la libertad artística se fundaba en una noción intelectualista en que *libertad y orden* se completaban, y en cuya combinación más ó menos armónica se caldeaba el sentimiento y surgía la obra de arte. En el movimiento modernista la libertad ha dejado de ser un concepto intelectual, una categoría, una idea, para ser un principio eficiente, único, inicial de la voluntad y fuente fecunda de sensaciones. Creo que el principio profundo é inicial del arte modernista es la libertad del pensamiento, la libertad de la fantasía, mejor dicho; pero que este principio como sucede en toda labor de arte no puede ser sensible sino mediante la forma en que cristaliza la idea y como la creación de la forma es la más trabajosa labor del artista, de allí surgen las limitaciones que impiden la expresión amplia y perfecta de cada individualidad. Los que no tienen toda la energía imaginativa para imprimir con vigor su individualidad recurren á la imitación consciente ó inconsciente de aquellos artistas con quienes tienen similitudes de espíritu y de sensaciones. Los que realmente son vigorosos imaginativos crean las formas libres y nuevas.

El curso de las ideas filosóficas y la innata necesidad de distinción han hecho que en el espíritu moderno se haya desarrollado, especialmente en el arte, el odio á lo burgués, el desdén por lo vulgar, lo que en último término no es sino la tendencia individualista á que se dirige la evolución general de la humanidad. Por eso todo

el arte modernista en sus diversas denominaciones ó direcciones de impresionismo, decadentismo, etc. traduce siempre el odio á lo vulgar, á lo común y general y tiende á expresar el amor á las visiones personales, á las sensaciones particulares y raras, á las originalidades de forma ó de concepción. Ser escritor modernista es tener la aspiración á ser original y á no ser vulgar ó cursi ni en la forma ni en el fondo. A veces se consigue; por lo general ni se es original ni se salva de la vulgaridad ó la cursilería, pues en esta se cae por el amaneramiento y en aquella por la falta de médula.

En resumen, pues, amigo Gómez Carrillo, mi opinión sobre el modernismo es que etimológicamente el modernismo es más viejo que Homero, porque es la denominación propia del momento actual de toda evolución artística. Por los caracteres que esa evolución presenta en estos comienzos del siglo XX, pienso que no es sino un aspecto del romanticismo, puesto que está informado por el mismo principio de la libertad de la imaginación; y que como características propias y diferenciales con el romanticismo, tiene el modernismo en primer lugar la savia filosófica del espíritu moderno con toda la complejidad á que este ha llegado; el predominio de la sensación y la aspiración á la distinción, al individualismo. De todo esto resulta la falta de una orientación concreta porque mal puede existir esta en el arte, cuando en el orden científico, en el político, en el social y en todo orden de la actividad humana, vemos, que reina la mayor indeterminación; las orientaciones generales y concretas en el arte, vendrán cuando natural ó artificialmente vuelva la fé, una fé cualquiera, religiosa ó científica, á encontrar fines á la vida y objeto noble al arte. Entretanto el modernismo artístico no expresa sino una aspiración indeterminada hacia esa belleza cuyos trazos tan firmes y hermosos destacaban en el alma griega; que se renovaron idealizándose en la fé cristiana, y que al fin se perderán en las penumbras indecisas del espíritu futuro, si la filosofía y la ciencia no reconstituyen en el alma del hombre los fines de su existencia.



Me había propuesto no volver á molestar en estas *Notas* al reverendo P. Fray Paulino Alvarez, pero hete aquí que nuestro corresponsal en París, el joven pensador Francisco García Calderón y Rey—en desagravio á la memoria de su ilustre padre cuya obra se permitió censurar el citado sacerdote—me remite un artículo defendiendo las doctrinas impugnadas por el padre Alvarez; y no es justo que, cediendo á mogigaterías pueriles, envíe al canasto ese buen artículo de un buen hijo. No creo que se encuentren en el mismo caso las cuartillas de nuestro corresponsal y las dos cartas anónimas que, contra el padre Alvarez, he recibido y que por el tono y cosas que en ellas se dicen me imagino que deben ser escritas por gente de iglesia, émulos ó envidiosos de los éxitos alcanzados por fray Paulino. Como seguramente *El Bien Social*, órgano de los intereses católicos, ha de ocurrir de nuevo, para defender las ideas del sacerdote extranjero, impugnador de nuestras instituciones y de nuestros hombres ilustres, al feo recurso de hacer propaganda contra esta revista calificándola de atea ó irreligiosa, nos creemos en el deber de desmentir de antemano esta aseveración. PRISMA no ha tenido nunca, ni tendrá jamás el propósito de herir los sentimientos morales y religiosos de la sociedad que con tanta benevolencia le dispensa protección. La redacción de PRISMA cree servir mejor á la religión católica, digna de veneración por la grandeza y moralidad de sus principios, sosteniendo la conveniencia de que la influencia social de la religión entre nosotros sea ejercida por sacerdotes progresistas, sagaces, ilustrados y respetuosos; porque el viejo sistema de farsas repugnantes y declamaciones agresivas no tienen hoy razón de ser, y traen consecuencias desastrosas para la Iglesia y para la sociedad. Siempre que hemos tenido ocasión de prestigiar y loar las buenas obras católicas lo hemos hecho con buena voluntad y sinceramente convencidos de cumplir un deber;

pero no podemos dejar sin comentario el que el Padre Alvarez nos haya creído salvajes ó poco menos, y cuando leímos sus CONFERENCIAS nos indignó esa labor de descomedimiento, de befa y poco respeto á las instituciones republicanas y á nuestros hombres ilustres. No hemos discutido si el padre Alvarez es ó no un sabio teólogo y si es ó no un gran orador, que lo sea en buena hora! Pero que también respete su oratoria ciertos temas respetables porque tiene la sanción constitucional y legal y que no son discutibles en la cátedra sagrada donde la investidura sacerdotal, la sugestión que sufre el oyente y la naturaleza misma del sermón hacen que las palabras del orador sean tomadas como trasuntos y expresión de la inteligencia y la sabiduría divinas.

EL BIEN SOCIAL que debía ser, por patriotismo y por cultura, el vocero de los bien entendidos intereses católicos, nos salió al encuentro con una agresividad comparable á la del orador dominico, tachando esta revista de irreligiosa, cuando la religión nada tiene que hacer en el asunto: sólo se trataba de algunos principios políticos y administrativos tocados por el P. Alvarez de una manera inconveniente y opuesta á nuestro espíritu democrático, y sobre todo se trataba de un libro que, por el hecho de ser tal, estaba sometido á la crítica. Nuestras *Notas* no contenían un sólo concepto que pudiera herir la susceptibilidad del más exagerado católico, no hablábamos de religión á no ser que la buena religión sea la mala literatura. Damos esta explicación adelantándonos así á las iras que pudiera despertar el artículo de García Calderón y Rey en ciertas personas ciegamente afectas al dominico español fray Paulino Alvarez, de cuyas virtudes personales y talentos no tenemos porque dudar, pero cuyas doctrinas políticas expuestas en sus *Conferencias* nos parecen perniciosas en el fondo y criticables en la forma. No tenemos ánimo de seguir polémica alguna y puede estar seguro el reverendo padre dominico de que ni el señor García Calderón ni el autor de estas líneas volveremos sobre el asunto.



Hace poco más de diez años publicaban las revistas y diarios de la época, unos cuentos primorosos de José M. Tapia, cuentos informados de una profunda observación psicológica y de una fina y benévola ironía, escritos en un estilo original, fácil y sugestivo. Tapia y Aurelio Arnao eran indudablemente los que con más éxito cultivaban entre nosotros el tan difícil como manso género del cuento. Los azares de la vida llevaron de repente á Tapia lejos de Lima y lejos, más lejos aun del arte. No volvió á verse la firma de Tapia en las revistas. Alguien dijo que se había ido al Transvaal á combatir en las filas boers. No faltó quien asegurase que había muerto. La verdad era que había ido á soterrarse á su provincia y dedicarse allí al laboreo de misnas, al profesorado, á la astronomía, á investigaciones cachazudas sobre los *asíntotas* y curvas de tercer grado. ¡Qué sé yo! Porque Tapia, el hábil cuentista de prosa tan finamente irónica es un matemático de primera fuerza.

Hace pocos días le encontré. Le ha dado la ventolera de graduarse en la Facultad de Ciencias. Malo!—pensé—esto quiere decir que la pluma sólo ha de servirle á este eximio artista para trazar curvas y rectas ó fórmulas algebraicas. Tímidamente procuré despertar sus recuerdos de la época en que escribíamos en los mismos diarios y revistas; y ví nacer sus entusiasmos artísticos, ví que esa materia prima de que hizo tan lozano derroche ha dos lustros, conservaba todo su vigor y observé el mismo espíritu alegre, finamente socarrón, la misma jovialidad y entusiasmo de otras épocas y, lo que es mejor, la misma disposición para el manejo de la peñola. Me ofreció Tapia escribir un cuento para esta revista y ha cumplido. Nuestros lectores lo encontrarán en las páginas de este número y verán si me engaño al afirmar que Tapia es un fino é irónico cuentista de alma sana y estilo sugestivo.

CLEMENTE PALMA.

EL "REAL FELIPE"

PRISIONEROS

I

En rápida ojeada he recorrido la historia del Callao, desde su nacimiento hasta su reconstrucción. Lo he creído necesario para que se conozca el lugar en donde los principales hechos de esta historia se realizarán.

El nuevo castillo fué bautizado, en enero de 1747, con el nombre del Rey de España don Felipe, el quinto; pero cuando tal nombre se daba á la fortaleza que había de servir para prolongar la lucha por la libertad en el Perú, ese monarca yacía en la tumba, (1) hecho que no se supo en Lima, sino el 7 de febrero de ese año.

Al norte hubo otro castillo: el de San Miguel, y al sur el de San Rafael, unidos por caponeras ó caminos subterráneos.

Los cinco baluartes tenían también sus nombres.—Estaban destinados á fijar en la memoria los títulos de los soberanos. Los baluartes del Rey y de la Reyna, daban al mar, y les seguían los del Príncipe, de la Princesa y de San José.

Allí, en esa fortaleza, habían de refugiarse los restos del poder colonial; en ella había de flamear, por última vez, el pendón de Castilla, en el continente americano; por detrás de sus muros, y sobrepasando sus almenados bastiones, habían de levantarse los postreros ecos de los vivos al Rey de las Españas.

Fecunda en hechos, que la historia debe guardar, fué el primer cuarto del siglo XIX, para la ciudad del Callao.

Puerto principal del Perú; plaza fuerte, reputada como inexpugnable; centro comercial, por donde entraban y salían los productos naturales é industriales; puerto de la ciudad de Lima, la más importante en la América meridional; albergue de las fuerzas navales de España; natural era que todas las miradas se dirigieran á ella, y que en su bahía se realizaran grandes sucesos relacionados no sólo con la historia del Perú sino con la de la América toda.

II

La enseña revoucionaria levantada en las márgenes del Plata, en mayo de 1810, vino á desafiar á España, en las mismas puertas del Perú.

Conducida por Castelli hasta las orillas del Desaguadero, los gritos de guerra resonaron en todo el territorio del Virreynato, y fueron el anuncio de que se abría la era de la lucha sin tregua por la independencia.

Los mismos ecos llegaron del Sur y del Norte, y el Virrey del Perú, hubo de atender á todas partes con soldados, armas y dinero, no obstante las estrecheces en que se hallaba.

La marcha triunfal de la revolución americana, fué pronto detenida: hubo días en que pareció hallarse exánime, en los momentos preagónicos. Y habría muerto, habría sucumbido, si ella hubiera sido la obra de la fuerza, y no, como lo fué, el resultado de la evolución de las ideas; la consecuencia lógica del desenvolvimiento de la humanidad á través de los tiempos.

En esos días de retroceso; en que heridas mortales recibían las fuerzas independientes en el oriente y en el sur, principió una dolorosa peregrinación.

Unos tras otros los campeones caídos en las batallas, en los pequeños combates, en las escaramusas y emboscadas del Alto Perú, de Tacna, de Huánuco, de Tarapa-

cá y de Chile iban llegando á poblar las casas-matas del Real Felipe.

Allí estaban porque eran reos del mismo delito: del delito de insurgencia, de rebelión contra su legítimo Soberano.

Fieles que habían comulgado juntos y por el mismo culto, el de la patria, aunque en diversos lugares y distintas circunstancias; comían juntos, también, el amargo pan del infortunio.

III

Los sombríos sótanos de la fortaleza fueron, entonces, centros en donde bullía la idea de la independencia.

Un gran valor, un gran carácter y un gran vigor: tres cosas grandes necesitaban poseer los hombres de aquellos tiempos, para ponerse al frente del poder español, desafiar sus iras, y luchar contra sus poderosos elementos.

Pues bien: encerrad ese valor, ese carácter y ese vigor entre los muros de una prisión, y podréis apreciar lo que eran los calabozos del «Real Felipe».

Las esperanzas de libertad y las ansias de lucha, se desvanecían con las decepciones que el tiempo les proporcionaba. A las notas alegres de una victoria obtenida por los independientes, sucedían las amargas de una nueva derrota que prolongaba su cautiverio.

En sucesión, que les parecía interminable, á las risas sucedían las lágrimas; como á los suspiros de los resignados, la protesta de los desesperados.

En esas horas eternas del cautiverio, sentían que sus miembros se enervaban y que la atrofia se apoderaba de sus músculos.

Un día, se presentó á las puertas del castillo un hombre acompañado de una mujer, y rogó al oficial de guardia le permitiera visitar la fortaleza. El oficial se negó, pero insistiendo el hombre, á fin de evitar una desgracia, pues su acompañante se hallaba embarazada y tenía *ese antojo*, se les franquearon las puertas.

—¿Y los prisioneros que hacían? se les preguntó después.

—Hacían flecos y otras labores. (2)

Las manos y los brazos que habían manejado un sable, un fusil ó una lanza, se ejercitaban en la modesta faena de tejer y anudar hilos.

El doctor don Benito del Barco exponía que los prisioneros que se hallaban en el hospital iban á su casa, custodiados, «á la venta de tirantes, ligas y flecos que ponían en poder de la hija del declarante». (3)

IV

En el año de 1818 no existían ya en las casas-matas ni en la real Cárcel de Corte prisioneros chilenos. Habían sido enviados, á su tierra después que esa porción del territorio americano, fué arrancada de las manos de los patriotas en la jornada de Rancagua (1º de octubre de 1814)

Tras de los muros del «Real Felipe» gemían aún algunos de los invasores del Alto Perú, de aquellos primeros soldados insurgentes que, viniendo de fuera, llamaron con el pomo de sus espadas triunfadoras, á las puertas del virreynato más poderoso y rico de la América del sur.

(1) Felipe V murió el 9 de julio de 1746.

(2) Testimonio de Manuel Navarrete.

(3) Inédito.



Precisa ocuparse de algunos, muy pocos, de ellos, de los que han de figurar en el drama que describo, por más que todos debieran ser nombrados en la historia, siquiera sea para que la América les dedique un agradecido recuerdo.

En la desgraciada batalla de Ayouma (14 de noviembre de 1813) tomó parte un joven de veinticinco años llamado don Francisco Araos, natural del pueblo de San Miguel del Tucumán. (4) El éxito de los españoles le deparó la suerte de prisionero y desde ese año, era habitante de los calabozos reales de Lima.

A don Tadeo Théllez, hijo de la villa de Potosí, á los veintiocho años de nacido, tocóle la misma suerte que al anterior, en la sorpresa de Yavi. (5)

Capitán de Estado Mayor del Ejército de Buenos Aires, se alistó en las filas revolucionarias á la par que esa brillante juventud, que entusiasta acogió en su cerebro la idea de la emancipación y elevó en su corazón un altar en que se rendía culto á la patria.

No había cumplido veinte años don José Felix Ortiz, cuando en 1813 caía también en las manos de los españoles en el Alto Perú, llegando á Lima en calidad de prisionero el 23 de enero de 1814. (6)

Huesped primero de la cárcel establecida en el que fué local de la Inquisición, pasó á Casas-matas, después, con sus compañeros de infortunio.

Hijo de Buenos Aires, fué de los primeros en alistarse en las legiones insurgentes y marchó con ellas al Alto Perú.

Parece que su vida y procederes fueron algo desordenados.

El capitán don Tadeo Théllez, su compañero de armas, decía de él: «no he tratado de esta ni de otra materia con José Felix Ortiz, y si mis compañeros hubiesen notado que tenía alguna relación, aun en asuntos particulares, que no tuviesen relación con la sorpresa que se intentaba, sería yo despreciado por todos ellos, pues la

(4) En la instructiva que prestó en 1818 dijo: «llamarse don Francisco Araos, de estado soltero, natural del pueblo de San Miguel del Tucumán, de casta español. Se halla en esta capital desde el año 1.814 que bajó á ella en clase de prisionero, que lo fué en la batalla de Ayohuma.» (nédito).

(5) «Dijo llamarse don Tadeo Théllez, natural de Potosí, de estado casado y de casta español. Se halla en esta capital desde ahora dos años, poco más ó menos, que bajó á ella en clase de prisionero hecho en la sorpresa de Yavi». (Fragmento de su declaración.)—Conservo la ortografía del apellido, por firmar así su nombre este personaje.

(6) «Se llama José Félix Ortíz, de estado soltero, natural de la capital de Buenos Aires, se halla en esta ciudad desde el 23 de enero de 1.814 que fué remitido prisionero del Alto Perú; que estuvo en la Inquisición y de allí fué remitido á Casas-matas don-

«conducta poco arreglada de Ortiz, le hace el ser despreciable en la sociedad.» (7)

En la pléyade de niños revoltosos, el capitán Théllez, con sus treinta años, era un anciano, y exigía juicio y formalidad en esos jóvenes de génio vivo y turbulento. Además de Gómez, Araos, Théllez y Ortiz, he comprobado que á principios de 1818 se hallaban en Casas-matas del Real Felipe, de los prisioneros del Alto Perú, el teniente coronel graduado don José Roa y el teniente don Manuel Vallejos. (Declaración del doctor del Barco—Inédito.)

V

No era sólo la falta de libertad lo que mortificaba á los prisioneros.

A la privación de aires puros, de movimiento y de actividad, uníanse la miseria, la escasez de recursos para atender á la satisfacción de las más urgentes necesidades de la vida.

Fray Manuel Valverde, sacerdote mercedario, natural de Cochabamba, que fué remitido á Lima en el mes de julio de 1817 por el brigadier don Mariano Ricafort acusado de «sospechoso y apóstata», decía en un memorial al Virrey.

«La alternativa de toda suerte de prisiones, en infiernillos húmedos y calabozos; los hambres y desnudeces concernientes á una tan larga prisión, y más sin recurso alguno, en un país absolutamente desconocido por mí, son los motivos poderosos de mis quebrantos... De tal modo extremada es mi indignancia que para presentarme al consejo y hoy á V. E. he tenido que importunar á un hermano religioso para que me supla una capilla y un escapulario, y en esta situación verdaderamente lamentable, ruego á V. E., interponiendo á la excelentísima señora su esposa, para que facilite los medios de mi libertad.» (8)

Don José Gómez, respondiendo al cargo que se le hacía por su fuga de la detención en que se hallaba, responde: «la ejecuts por hallarme destituido de ropa, pues ni aun camisa tenía que mudarme.» (9)

La pobreza ¡Qué digo la pobreza! la miseria, el hambre, la desnudez, las enfermedades, fueron el amargo patrimonio de los sostenedores de la idea de la emancipación.

ANÍBAL GALVEZ.

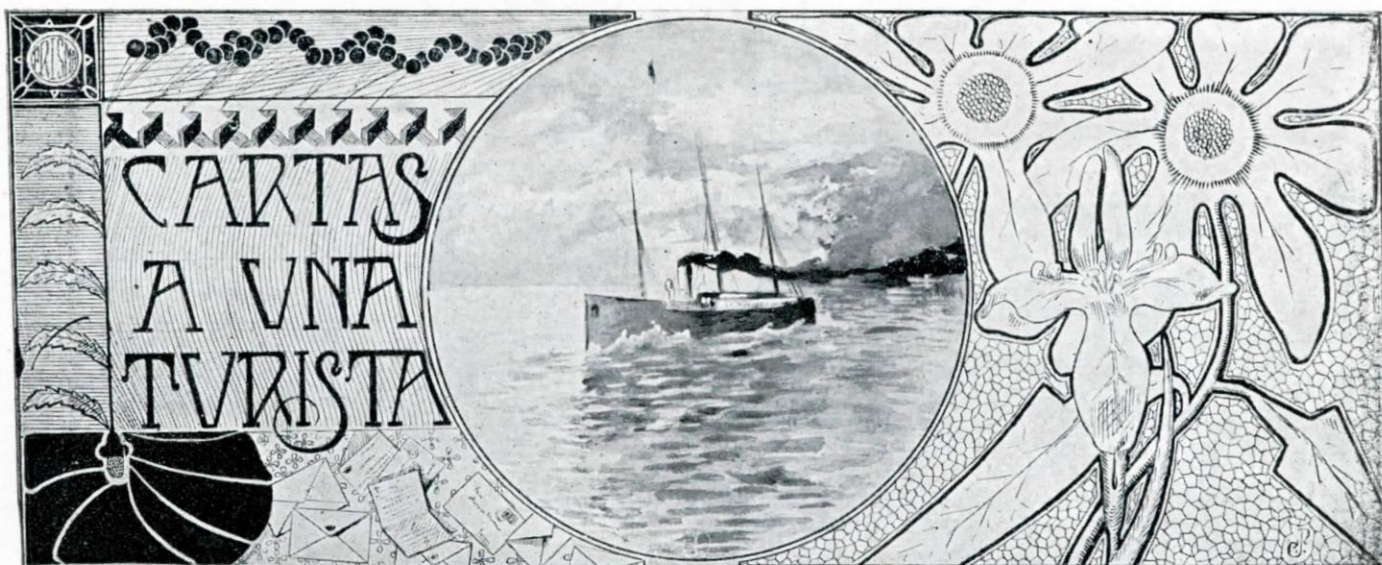
de se ha mantenido hasta que lo han hecho venir á esta curul.» (Su declaración en 1818.—(Inédito).

(7) Documento inédito.

(8) Memorial de 24 de diciembre de 1818 (Inédito).

(9) Instructiva de don José Gómez, de 3 de agosto de 1818. (Inédita.)





Amiga mía:

Los primeros vientos otoñales, sutiles y desapacibles, obligan á regresar á sus tibios hogares de esta Lima de tus recuerdos y de tus afectos á las familias que los abandonaron en p6s de frescas brisas marinas, de arboledas rumberas, de campiñas de grato verdor. Sin embargo, no es general la desbandada; y en la vaga penumbra crepuscular y á la dulce claridad de la luna se ven aún en la umbría alameda de Miraflores, en el Parque florido del Barranco y en el malec6n incomparable, grupos parleros con indumentaria veraniega: ellos, telas delgadas y *panamá hat*; ellas, de claro, con boas de plumas ligeras ó *echarpes* flotantes de gasa protejiendo la garganta, que luce su morbidez bajo las transparentes valencianas.

Es en las mañanas cuando más se deja sentir la melanc6lico influencia del Otoño: ya no invade una concurrencia numerosa los establecimientos de baños, no se reunen en las plataformas animados corrillos, ni los carros eléctricos llevan á La Punta el gozoso tropel de bañistas que llena el apacible caserío con la música regocijada de sus charlas y sus risas.

El verano es un ameno paréntesis en la monotonía de nuestra vida social. En las playas amplias, aspirando á pleno pulm6n las auras salobres y vivificantes, bajo las caricias ardientes del sol estival que pone tonos dorados en las mejillas y fulgores de contento en los ojos, se siente, irrazonada y poderosa, la alegría de vivir, que se traduce en las manifestaciones bulliciosas de un buen humor sano y juvenil.

Después de esta temporada de relativa animación, ¿qué perspectivas nos ofrece el invierno? En el front6n, las sensaciones del elegante y varonil sport vascongado; en el Hipódromo, alguna que otra tarde, *rendez-vous* de gentileza y distinción en el padock anchuroso y bajo los arcos moriscos de las tribunas; en los teatros, dos aceptables compañías de zarzuela... y nada más. Nuestro progreso, á este respecto, es negativo: todos hemos oído hablar á nuestras madres y nuestras abuelas de la frecuencia con que venían, en sus tiempos, buenos cuadros de ópera; y fueron muy discretos y dignos de aplauso los

actores que pusieron en escena las primicias literarias de la gloriosa generaci6n de 1830, uno de cuyos más ilustres representantes, Numa Pompilio Llona, ha muerto hace poco en Guayaquil.

Si el egregio extinto merece todos los tributos de la admiraci6n, son para la viuda, la dignísima matrona, doña Lastenia Larriva, los sentidos homenajes de dolorosa simpatía. Hay pocas figuras femeninas de tan acabada belleza moral como la de esta señora que ha sido, no solo la musa del gran poeta sino, lo que es de mayor significaci6n sociológica y doméstica, el ideal de la esposa del artista, valerosa y constante suavizadora de las ásperas realidades de la vida, y de la madre cristiana, todo amor y sacrificio. Inclinémonos, con emoci6n y respeto, ante la viuda desolada que ha sabido cantar la Fé, la Patria y el Hogar con toda la ternura de su sexo y que en su hermosa y útil vida cumple siempre.

el precepto de amar y sufrir,

como lo dice en la delicada poesía *Ultratumba*, dedicada á sus hijos.

Comencé esta carta hablándote de frivolidades mundanas, de conversaciones galantes, protegidas por el murmullo solemne de las olas, de mañanas de sol, y termino ocupándome de la enfermedad, del sufrimiento, de la separaci6n eterna y fatal. Mi amistad cariñosa, á la que tu caracter mimoso é infantil, dá visos protectores, quisiera tratar contigo, sólo de temas que tuvieran la claridad de tus pupilas siderales, la sonrisa de tu boca en flor, la gracia de tus movimientos ondulantes, la serenidad de tu alma virginal.

Pero la tristeza de los hechos se impone y, como hemos convenido en que la ausencia no debe interrumpir nuestra costumbre inveterada de confiarnos nuestras impresiones, te hablo de la que me ha producido la situaci6n de la noble señora que llora su viudez, enferma y lejos de su patria y de sus hijos, segura de que la luz radiante que alumbra tu vida, no te impedirá compadecer generosamente á las que gimen envueltas en la sombra trágica.

ARACELI.

FRAY PALOMA

Para Clemente Palma

HACE tres cuartos de siglo vivía en Huarás el R. P. Fray Rafael del Castillo, prior del entonces floreciente convento de San Francisco. Gloria, á la vez que amparo de la humilde y descarriada ciudad, este hombre justo se la pasaba día y noche en atribulada oración y rudas prácticas, impetrando del cielo misericordia y gracia para los pecados, chácaras y bueyes de sus paisanos. Todos le llamaban Fray Paloma: las mujeres y los niños, porque vestía constantemente de blanco; y los hombres, en atención á la suma bondad con que los guiaba hacia la virtud por el áspero sendero de la penitencia; agua viva que devuelve su juventud y blancura á las almas envejecidas en el desprecio de la fé ó tiznadas por vana sabiduría.

Era el religioso un gigantesco anciano, de larguísima y sedosa barba; porte majestuoso, y andar mesurado. Con él iban la paz del corazón, el santo olvido de los placeres, el sereno valor del apóstol, y... el miedo que inspira el atleta. Cuando, poco antes del refectorio, se paseaba, según inveterada costumbre, por los anchos y frios claustros del convento, el acatarrado hermano Miguel le contaba afanosamente el número de los pasos.—Sesenta pisadas del Prior—decía—dan el minuto más exactamente que el antiguo y enmohecido péndulo de la capilla, al cual, por ser regalo de Toribio de Mogrovejo, calificamos de infalible. ¡Infalible, infalible! ¡ejem! Los Papas y los concilios pueden aspirar á ésto. ¡ejem! Me atengo á los taconazos de nuestro prior, á quien dé Dios larga vida y evite solapada tentación. ¡Ejem! *No nos inducas in tentatione.* Amén.

Fray Paloma curaba las llagas morales de su grey con el sermón y la limosna. Al tratar de las persecuciones sufridas por la Iglesia y los fieles, llevaba hasta la elocuencia su sencilla retórica de soldado del Catecismo. La hipócrita serpiente del Edén, vaso de maldad y abominaciones, vivía aún para mayor gozo de Satanás y dolor de la Religión, mojando en el veneno del materialismo, y de otras torpes y hediondos principios, la pluma de aquellos impíos, que escribían para la juventud libros de carátula dorada y páginas olorosas, en las que el mismo infierno ya no podría poner más inmundicias ni rabia. Señor Dios—exclamaba el Padre Paloma, al finalizar su nocturna oración—tú que has creado esos himnos alados que se llaman el jilguero y la alondra, ¡alabado seas en tus obras! ¿Por qué otorgar al impío y al hereje esa persuasiva elocuencia que seduce los corazones sencillos y entusiastas? Esta arma poderosa, que esgrimen los enemigos del Evangelio, es á manera de retoño de aquellas malditas voces de sirena que antiguamente causaban muertes y naufragios. ¡No nos abandones, señor, piloto de la fuertemente combatida nave cristiana! Tápanos los oídos con cera de virtud, y desembarcanos en la florida playa de la eternidad, donde sea dado á tus siervos formar parte del feliz coro angélico que loa perpetuamente tu incomprendible grandeza y sabiduría; Señor Dios, tú que has creado esas maldiciones andantes, que se llaman sabios descreídos y reyes filósofos, alabado seas en tus obras por los siglos de los siglos!

La buena ciudad de Huarás cuenta, por boca de sus ancianos, el éxito de un sermón del Padre Paloma, cuyo tópico era la desigual batalla entre Goliath y David, símbolo de la eterna que se libra contra la Iglesia. Tal vez los fieles comparaban mentalmente al filisteo con el religioso orador; y al sacristancillo que vino le servía, con el pequeño David, cuando de pronto se dejó oír el

rumor de una conversación acalorada. Eran los hermanos Pérez, últimamente llegados del extranjero, quienes servían de modo tan irrespetuoso la causa del Infierno, deseoso de turbar el augusto recogimiento del auditorio. Fray Paloma que llegaba en tal momento á la escena del hondazo, venció su natural bondad, para tronar con el acento de Savonarola:—Dejadlos que el Dios de David los herirá también!—Y la maravilla se realizó; porque desde ese día, hasta el en que Satanás tuvo su esperada visita, los hermanos Pérez sufrieron de incurable y ridícula tartamudez, con aplauso de libales y devotos.

II

Pues, señor.....Una tarde de Semana Santa, vinieron al Padre Paloma, muy asustadas, una viejecita, parecida á esa que habita en el disco de la luna llena; y una muchacha, hermosa y colorada como una flor de Mayo.

Eran, por el parentesco, abuela y nieta; y por el oficio, molineras. Postradas ante el reverendo, desenredaron la madeja que las tenía intriguadas. Era que el molino de su propiedad, *no quería* triturar el santo trigo con que debían amasarse los millares de hostias destinadas á ser consumidos en la cercana Pascua Florida. No había que pensar, ni remotamente, que era la rueda la que no giraba. ¡Como un trompo de chiquillo giraba, por ser el agua abundantísima! Pero ahí se estaba intacto en su tumba de piedra el rubio cereal. Seguramente que caso tan extraordinario, sucedía, bien examinadas todas las circunstancias, por obra del diablo, ó cuando menos de *Ichic-olco*, que es su favorito; por lo que dos ó tres latines, y una gran cruz de bendición sobre la rebelde muela, remediarían el daño. Accedió Fray Paloma, no sin haber preguntado antes, y con mucha calma, qué cosa era un *Ichic-olco* y cual su grado de parentesco con el *ótro*. *Vade retro!*

Flor de Mayo, digo la muchacha, respondió en esta forma:

—*Ichic-olco*, padre, se traduce del quechua al castellano, por hombre pequeño..... vamos..... por un enanillo, que pudiera caber muy bien en la faltriguera de mi novio, el rey Pepino, que no es más grande que la imagen de San Juan que tienen ustedes en el convento.

Fray Paloma, creyendo dementada á la muchacha, la reprendió con dulzura:

—No debes, niña mía—dijo—haber conocido al Santo rey, Padre de Carlo Magno; mal puedes entonces vanagloriarte de tenerle por novio. Además, nuestra imagen de San Juan, parece pequeña por hallarse en alto nicho, pues desde los rayos de la corona hasta las sandalias mide dos varas muy honradas. Yo mismo la he mandado labrar.

—El rey Pepino, padre, es el enano de una compañía de payasos que ha llegado hace poco. Pero perdóneme usted..... Que hable mi abuela, porque yo no digo sino disparates.

Púsose encarnada como una cereza; temblábale la voz; humedeciáanse los ojos. Fray Paloma pensó en los abominables artificios de que se valen las *hijas de los hombres*, para tratar de seducir á los castos varones, *hijos de Dios*.

Su paternidad—dijo entonces la abuela—mi nieta tiene razón en lo que asegura. El *cuarto*... honrar padre y madre..... ¿Por qué ha sido la primera en comenzar la historia de los *Ichic-olcos*? Yo la diré mejor que élla, porque siempre la he contado de *pé á pá*.

Sepa usted, *Señor Paloma*, que los tales son diminutos como figuras de nacimiento, forzudos cual Sansones y más lujuriosos que paganos. Habitan en los manantiales y grutas húmedas; lagartijas y otros feos bichos son su alimento; y si duermen durante el día, es para ocuparse por la noche en pecaminosas correrías. A las doncellas, que van solas á través de los senderos, poseídas de indefinible tristeza, bajo la escasa luz de las estrellas, las atraen, valiéndose de mil artificios: llanto de niños, gemido de enfermos, hipo de moribundos. ¡Pobre de la virgen caída en sus garras! No sé, *mi paternidad*, que filtro les darán á beber, para tornarlas de honradas en livianas. ¿Conoce usted á Paquita, la hija de don Fermín? Pues se la llevó un *Ichic-olco*: así anda élla de perdida, tras de arrieros y colegiales. ¿Y la Petra? Bien que baila con los hombres; pues ya llega al décimo marido, cuando ni el primero lo fué por la Iglesia. Lo que es mi nieta, Padre, se ha de casar con anillo, arras, padrinos y misa de velorio, si es que antes no me la perjudica un *Ichic-olco*.

Las molineras sabemos felizmente guardarnos de las acechanzas de este monstruo. No nos engaña con introducirse furtivamente en el cárcamo del molino para detener la rueda en su veloz movimiento; y no ignorando de lo que se trata, por nada del mundo, bajaríamos á luchar con él. Increíble fuerza tiene en los brazos este libidinoso pigmeo, del cual mi nieta, gran lectora de *libros romances*, dice que no lo gana en élla ni aquel valiente *chapetón* que detuvo el paso de un ejército por un puente.... ¿Como te llamas, español? Espérese usted. Ya con la edad tengo pesada la cabeza, y no sé si era de la provincia de Francia ó del reino de Vizcaya que todos son muy bestias, y por lo tanto muy forzudos.

—Bestia—dijo el Padre Paloma, levantándose de su asiento—no es palabra con que debemos designar al valiente caballero que sirvió á su patria del modo que acabas de referirme. Visiblemente lo protegía Dios en el esforzado trance del puente.

Pero donde se relatan las más estupendas hazañas de fuerza, es en la Sagrada Escritura y en el Año Cristiano, libros que siempre deben de estar en las manos de una doncella que aspira al cielo. Sansón y su quijada; esto es la del borrico con que machucó á los filisteos; Saul y su hijo Jonatás; los invencibles Macabeos; San Jorge y el Dragón; el emperador Constantino; San Ignacio de Loyola; y ciento más virtuosos varones, que ahora gozan de la presencia de Dios, sirvan de confirmación á mi aserto.

Urge ahora el tiempo; las hostias deben ser amasadas; Cristo ha de salir de la tumba..... Vamos al *Ichic-olco*.

Fueron. Fray Paloma abría la marcha; Flor de Mayo la cerraba; entrambos, mascullando oraciones, la viejecilla escapada de la luna. Oculto el Sol, la noche borraba los senderos. A derecha é izquierda, coronando las briznas de hierba que el hábito del monje rozaba, como el ala de una gran ave que, imposibilitada de volar, escapa á la carrera del cazador que la persigue, encendían las luciérnagas su eléctrica lamparilla. Como al pasar cerca de un charco, surgiese de pronto una rana, desbaratando en zig-zags luminosos la imagen de una estrella, Fray Paloma y sus compañeras rezaron en voz alta, temerosos de un diabólico encuentro:—¡Señor Dios, providencia del astro y del reptil, ampáranos!

Era el molino una pobre construcción. En medio de

una gran sala sin enjalbegar, giraba la muela. Ni bancos ni sillas; por toda luz, la emitida por un velón de sebo clavado en la pared. La llama alargada, como la lengua de una serpiente, parecía lamer el hollín que poco antes depositara. Cuatro personas saludaron á Fray Paloma, entre éllas Petra, la de los diez maridos; y Paquita, la hija de don Fermín. Las otras dos, que eran campesinos de grandes y asombrados ojos, no se movieron de su sitio: persignábanse con aire de cacaseños despertados.

Siendo verdadero lo dicho por la abuela y la nieta, dióse principio á los exorcismos. Primeramente, en derredor de la muela, se entonó un salmo de gran virtud contra los encantos; después, se bendijo con tres rápidas cruces la inclinada y angosta cañería. Flor de Mayo tuvo en ese instante la felicidad de admirar el poder mágico del santo signo que distingue al cristiano del moro; porque sólo para élla se hizo visible la innumera cabalgata de ángeles microscópicos que, precipitándose por el agua se hundieron en el cárcamo del molino, en pos del monstruo.

¡Pobre *Ichic-olco*! Miento. ¡Recibiste lo que merecías, maligno *Ichic-olco*, enemigo de las santas y diáfanas hostias de Pascua! Cuando Fray Paloma, desnudos los pies, é inclinado como si todo el convento de la orden, pesase sobre él, entraba en el cárcamo á luchar cuerpo á cuerpo con el faunillo, encontróle ya moribundo. Era un hermoso tipo de la inmunda raza producida por la vil unión de las brujas andinas con los pequeños *chimpancés* de la Montaña: diminuto como un cangrejo y cornudo como un narval.

—¡Ave María!—exclamaron á un tiempo la anciana, la muchacha y los dos cacasenos, mientras que á guisa de amén, Petra y Paquita no hacían más que repetir: ¡Es él! Es este el mismo que....!

Fray Paloma, poseído de bondad, cebó entonces su anzuelo de pescador de almas, para ver si cogía la de su enemigo, que á ojos vistos se moría.

—Confiesa el evangelio—dijo—Confiesa que hay un solo Dios, trino en personas y uno en esencia, remunerador de los buenos y castigador de los malos. Réprobo, confiésalo en tu hora postrera.

Pero sea que los *Ichic-olcos* no tengan el dón de la palabra, sea que quieran imitar á Juliano el Apóstata, lo cierto es que mueren en la impenitencia más completa. Petra, por vengarse del sátiro, tomó su cadáver y lo estrelló contra un pedrejón..

Se asegura que á Fray Paloma, muerto poco después, se debe la extinción de los *Ichic-olcos*. Ahora, por Pascua Florida de Resurrección ó de Cuasimodo, los cálices de las cinco capillas que Huarás ha levantado en sendas plazuelas, se concluyen en blancas pirámides de hostias benditas, que nadie zapa, porque no sobra gente devota y observante de los preceptos de la Iglesia.

Y en el propio molino de la abuela de Flor de Mayo, ésta, que con los años se ha convertido en una viejecilla escapada del disco de la luna, sostiene entre sus parroquianos que si los *Ichic-olcos* han desaparecido, peor peste reemplaza en la actualidad: la de los soldados de destacamento en provincias. Y es de verse, como al oír esta aserción, Flor de Mayo 2^a se pone más encarnada que la boca-manga del señor Juan, sargento de caballería.

J. M. TAPIA.

Lima.



Los caballeros del Apocalipsis

(CUADRO DE MR. CLUYSENAAR)

A D. José María Samper

Ciegos huyen en rápida carrera;
y, de terror en hondo paroxismo,
en confuso escuadrón y espesa hilera,
derechos corren al profundo abismo.

Por largas horas en combate crudo,
á invencible falange resistieron;
mas, arrojando al fin lanza y escudo,
la rauda grupa del corcel volvieron:

Pálidos, polvorosos y jadeantes,
tendidos con espanto en los arzones,
cual lívidos fantasmas, anhelantes
aguijan sin descanso los bridones.

Toscos soldados, fieros capitanes,
revueltos huyen como indócil horda,
y de sus voladores alazanes
el sonante tropel la tierra asorda.

Por la llanura y la infecunda arena,
por fragosas pendientes y peñascos,
cual sordo trueno á la distancia suena
el rudo golpe de los férreos cascos.

El horizonte y soledad agreste
devora ardiente su mirada ansiosa,
y cerca ya la vencedora hueste
les parece sentir que les acosa.

Y sentir les parece ya el rüido
del contrario bridón que les alcanza,
y en su espalda el ardiente resoplido,
y entre sus carnes la punzante lanza!....

Por entre el polvo, á la menguante lumbre,
la expresión de los hórridos afanes
se ve de la apiñada muchedumbre
y sus desesperados ademanes!

El uno allá en el fondo, al firmamento
dirige inenarrable una mirada,
y alza en su mano, trémulo, sangriento
el trozo inútil de su rota espada!

Crugiendo el otro de furor los dientes
de su fuga en sus ímpetus veloces
ambos brazos abiertos é ímpotentes
al cielo eleva con airadas voces

Y ayes, imprecaciones y gemidos
por el rigor lanzado de los Hados,
todos por fuerza incógnita impelidos
todos en confusión atropellados,

Allá van! cual ondente se arrebatata
furibunda corriente estruendorosa,
y, cual rauda viviente catarata,
van á hundirse en la sima pavorosa!

¡Horror! Horror!... de todos el primero,
cuando aún el brío del corcel irrita,
desde el borde del gran despeñadero
ya al abismo sin fin se precipita.

Quiere el bruto cejar; mas, acosado
por el recio talón ó aguda espuela,
ciego ya de dolor, desatentado,
sobre el vacío despeñado vuela.

En lo alto las pupilas dilatadas,
de hórrido espanto las narices hincha,
y convulso, y las crines erizadas,
con alarido fúnebre relincha.....

Y el ginete el escuálido semblante
entre sus brazos con horror oculta,
y, de angustia infinita, palpitante,
en el profundo abismo se sepulta.

¡Pintor sombrío! en la visión siniestra
que en el lienzo fijó tu osada mano,
la fantasía sin cesar me muestra
la triste imagen del destino humano!

De la vida en la lid, el hombre agota
todo el vigor de sus robustos años
mas cede al fin ante la hueste ignota
de Dolores y adustos Desengaños.

Y estremecido de su gran miseria
el ser—sobreponiéndose al espanto
del bruto vil de la soez materia
y á su propio terror y á su quebranto,—

Por el favor injusto ó la Venganza
acosado, sin tregua, de la Suerte
dando un adiós eterno á la esperanza
se arroja en el abismo de la muerte!

Paris, 1869. NUMA POMPILIO LLONA.



ARTE FOTOGRAFICO



Foto. Moral

UNA CHALACA

CRONICAS DE ESPAÑA

HABLANDO CON QUEROL

HE llegado hace pocos días de las provincias levantinas y enterado de que Querol deseaba hablarme, embózome en mi abrigo y desafiando el viente helado de estas mañanas lacrimosas, voy en busca del gran amigo que, de seguro, á tales horas martiriza el mármol y á la vez lo sublima y exalta. El tranvía me hospeda hasta llegar al Paseo del Cisne, en que junto á un templo católico tiene el artista su templete pagano; y mientras hago la zigzagueante travesía por las calles religiosamente silenciosas de ese barrio, voy pensando en la obra del maestro y concluyo por convencerme á mí mismo de que sin duda Querol es el único poeta épico que hoy tiene España.

La poesía española está en crisis: se advierte el efecto desconcertante de los nuevos sistemas. Trátase de una ebullición de champagne: claro es que el momento de la diafanidad vendrá con el reposo. Entre tanto, la musa fuerte ha huido de España y la inseguridad es aún el caracter de la poesía modernista. El cincel cumple con los sagrados oficios de la poesía: España sigue viviendo en epopeya y su poeta representativo es Querol. Arcos solemnes, basamentas audaces, figuras estremecidas, relieves imperativos, palmas copiosas y laureles profusos, corceles desahorados y clarinadas inauditas: así la obra del maestro, así el alma española de todos los siglos, así la epopeya de la raza que si aún no ha tenido un poeta ya del tiene un escultor. Querol es el escultor *civil*, el bardo cincel en España: lo que fué Delacroix en la Pintura francesa, lo que era Carducci en la poesía italiana. Es uno de esos hombres representativos en que se funde según Carlyle, muy de tiempo en tiempo, la vida de las multitudes. Trátase de un arte por fuerza objerivo, exterior, épico, en que las cosas se imponen á las almas, ya que las almas serán siempre menos interesantes porque son de los hombres, en tanto que las cosas son de Dios.

Convencido completamente de que es Querol el único poeta objetivo, exterior, épico, que hay en España, he llegado á su estudio, y á poco le he estrechado la famosa y sabia mano. Luego, el despacho con su atmósfera tibia, sus sugestivos retratos y su vitrina de medallas. Departimos. Se que él me quiere y él sabe que yo también le quiero; y nada es tan agradable para dos espíritus que se aprecian de verdad como rozarse en una plática noble por sincera. ¿De qué hablamos? De América. El es un español á la antigua, con una alma emigrante y conquistadora. Sabe de la aventura, gusta del peligro, pugna por el laurel y el roble. Es así como resucita con el cincel en América la vieja obra de la espada. España por sus manos envía á las hijas su bendición más blanca: diríase que las estrecha luego á su amor imperecedero con abrazo de mármol.

Querol me quiere consultar sobre sus proyectos: yo me engrío y trato de ponerme en tono.

—Estos son los proyectos para el monumento á Mitre me dice; y usted que si es del Perú por el nacimiento, es de toda la América por el alma, cuénteme su impresión. Necesito una sinceridad. Ante todo, yo no he querido hacer un Mitre mio, sino un Mitre argentino; algo más: un Mitre Continental. Ahora, dígame la verdad, aquí, entre nosotros....

—Aquí y allá, entre nosotros y ante todo el mundo—le advierto.

—Sez.

Conozco los proyectos: claro es que me seducen; y ennoblecen toda una hora de mi vida, en esta muda contemplación que hay de tener para las obras de Arte. Unos y otros proyectos me agradan: cumplen su finalidad, pero, sobre todo le digo á Querol usando de un resumen simbólico—¡Esta flecha y este arco!—

He aludido al proyecto número 3 y al gran arco de triunfo, por debajo del cual pasa Mitre y después el pueblo argentino y cualquier otro día la América en masa.

La flecha.—Por una escalinata que se difumina hacia la parte superior del monumento, trepa el pueblo argentino: es un hacinamiento de figuras de bronce en actitud clamorosa. Diríase un gran gesto popular de apoteosis al héroe. Sobre estos vastos conjuntos desenvuelve sus círculos el águila de las epopeyas: decididamente Querol tiene el cincel colectivo. Y en la eminencia, Mitre cabalga sobre un corcel de impasibilidad magestuosa: viste el traje de uso cotidiano, con el chambergo aquel en que solo faltaba el penacho histórico de Francisco I. Por detrás del héroe, que está rodeado de altas figuraciones, se destaca una nube, que asciende envolviendo intrincados pero elocuentes símbolos: es una nube que va á los cielos en un sentido dominante, como si fuera la gran columna del Desierto. Sobre la nube asiéntase la Historia afanada en llenar glorificadoras páginas de piedra. La flecha es hercúlea; y hace pensar en un gran arco de inacabables vibraciones....

El arco.—Simple como una creación helénica, este arco del triunfo es una diapason que da el tono al conjunto de las multitudes argentinas. Mitre pasa en el corcel de las victorias, aclamado y seguido por el pueblo que lo ama: las figuras simbólicas le disputan á su cariño; y si por delante de su caballo se abaten las palmas, por encima de su cabeza cien trompeteros de la fama, que se encaraman en el arco, ensordecen los siglos con la unánime voz de sus más largas proclamaciones. Este monumento es á la vez arquitectónico y escultórico: el arco fuera bastante por sí sólo; por sí sola fuera bastante la figura del héroe, rodeada de su pueblo. Finge el cuadro del triunfo dentro del marco de la inmortalidad. Algo más todavía: este es un monumento á Mitre representativo, porque es un monumento al héroe y al pueblo argentino. Por debajo de ese arco pasarán alguna vez en procesional apoteosis, los veinte pueblos de la América toda. Tiene este arco una significación más grande que el de la Estrella; dignifica á un hombre, consagra á un pueblo, invita á un mundo. En una fórmula algebraica Mitre sería el coeficiente, el pueblo argentino la cantidad y el gran arco del triunfo algo así como el exponente continental.

Digo al artista mis impresiones que son éstas, y le felicito como español que me siento y le doy las gracias como americano que soy, y me vuelvo á mi casa donde escribo nerviosamente estas cuartillas de arte en España, que vienen á ser sin duda como un certificado de supervivencia nacional.

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

La Atlántida libertada

(FRAGMENTOS DE UN POEMA)

LOS CAPITANES

Eran fuertes, osados, vencedores
Del árabe y el moro en las contiendas.....
Con sed de oro, de sangre, de leyendas,
Y febril ambición de Emperadores.

Abandonan la patria, los amores:
Al Triunfo y á la Gloria alzan ofrendas,
Y van, audaces, á elevar sus tiendas
Del Trópico opulento entre las flores.

Un mundo dan á la grandeza hispana
Cortés, Soto, Pizarro y Orellana,
Y la heroica legión de alma bravía.....

Así, viendo su imperio majestuoso,
Carlos Quinto decir pudo orgulloso,
¡Que en su dominio el sol no se ponía!

ATLANTIDA

Un continente virgen,—escenario
Del más sangriento y formidable drama,—
Que alumbran cien volcanes con su llama,
De las selvas perfuma el incensario,

Y donde cruza el indio temerario
Junto al torrente que espumoso brama,
Ruje la fiera, que en los bosques ama,
Y alza su vuelo el cóndor solitario.....

Por tempestuosos mares escondida
Atlántida, soñada y presentida,
Que en su púrpura viste el sol de Ocaso,

Te sorprendió el audaz aventurero,
¡Y despertaste á su brutal abrazo
Ceñida por sus músculos de acero!

LA RAZA VENCIDA

¡Oro y sangre! ¡Oro y sangre! Por doquiera
Siembra el conquistador espanto y ruina....
Van marcando la ruta en que camina
El cadalso, las cruces y la hoguera.

Como un águila roja, su bandera
Valles y cumbres ásperas domina,
Y proyecta en la eterna nieve andina
sombra de fantástica Quimera.

Rompe el indio su flecha en la armadura
Con un grito impotente de amargura,
Como el último adiós á la esperanza.....

Mientras el español, fuerte y sereno,
Espolea al corcel de sangre lleno,
Entre el bárbaro horror de la matanza....

LA GUERRA

En la noche del trópico serena,
Sobre sus alas muelles alza el viento
Las fatigadas notas de un lamento,
Que allá en el fondo de los valles suena.

Es la canción doliente de la *Quena*
De las vencidas razas el acento;
La voz con que en el rústico instrumento
Traduce el indio su insondada pena.....

Y esa voz narra la extinguida gloria
Del Inca, hijo del Sol—Y la victoria
Implacable y sangrienta del hispano.

Esa voz, resucita el dulce coro
De las vestales indias, y el tesoro
Del Templo, hundido en el confin lejano.....

LEOPOLDO DIAZ.



CUENTOS VIEJOS

EL ANILLO DE POLICRATES

EL tirano de Samos, envuelto en una túnica roja orlada de oro y bordada de perlas, desnuda la cabeza, rizados el pelo y la barba según el gusto asiático, paseaba por la azotea de su regia mansión, acrópolis de la blanca ciudad. Placentera sonrisa irradiaba en su rostro. Daba el brazo izquierdo á su huésped el faraón Amasis de Egipto y con la diestra se acariciaba los rizos de la barba, hundiendo en la masa del pelo negro, brillante y aceitoso la mano, y dejando correr por entre los bucles, como un insecto verde y brillante, la enorme esmeralda de su anillo, en la que un lapidario de Sardes había grabado con extraños y destructores líquidos la cabeza de Hera, esposa de Júpiter y deidad protectora de Samos, una testa altiva de recto perfil, de ancha frente coronada de un disco radiado.

El sol otoñal esplendía en el horizonte, calentaba el paisaje, doraba la atmosfera cargada con el aroma de las uvas moscateles ya maduras y de los higos rojos y dorados, de cuyos siconos colgaba una lágrima de néctar dulcísima. Entre los edificios blancos de la ciudad, entre las alegres quintas que la rodeaban, fuera de las murallas y en todo el óvalo inmenso de la isla, el suelo desaparecía bajo el verdor alegre de las parras y de las higueras, bajo el verdor plateado de los álamos blancos, de los chopos, bajo el verdor sombrío y solemné de los olivos y de las encinas. En torno jugueteaban, verdes y blancas, las ondas del mar Icario: enfrente al otro lado del mar, se veía el promontorio de Micala, gigante sosegado y tranquilo que resguardaba la desembocadura del caudaloso Meandro y hacía frente á la espléndida Mileto. Al Mediodía se divisaban las formas confusas de las islas Espóradas, risueñas, hermosas como un coro de nereidas.

La calma y la apacibilidad de sitio, la transparencia del ambiente, lleno de cantos inauditos modulados por aves ocultas y por el viento en las frondas, comunicaban á Polícrates y á su régio huésped ese dulce optimismo propio de quien, seguro de su poder, hace sin trabajo la digestión de una comida succulenta y nada tiene que temer del mañana. Eran felices entrambos, hallábanse en

un momento de perfecta beatitud, de aquellos pocos que los hombres poderosos podían gozar seis siglos antes del nacimiento de Cristo.

No contento con la contemplación del cielo, de la tierra y del mar, Polícrates, requiriendo á su amigo, sin soltarle del brazo, se arrimó á la balaustrada, desde la cual se veían las callejuelas angostas y pinos del pueblo de Samos. Quería atisbar lo que en aquel feliz momento hacían sus vasallos. Al tender la vista por el recinto de la ciudad, siguió sonriendo. El pueblo samio trabajaba. Cuadrillas de mozos cantarines y de garridas muchachas vendimiaban los parrones de los huertos, en las azoteas, viejecillos encorvados ponían á secar al sol los higos: por las callejuelas corrían arrollos negruzcos de agua tinta de lías y heces, procedentes de los albañales de los lagares: veíanse también algunos patios con el suelo cuidadosamente embaldosado y cubierto de una corteza blanquizca mate igual. Eran los secaderos de la cera, riqueza muy principal de la isla. Iban y venían arrieros guiando recuas de lucios asnos, cuyas ancas parecían de plata, cargados con angarillas, aguaderas ó capachos de uva rezumante. El ágora estaba desierta: los ciudadanos samios eran poco amigos de discutir, la política no les interesaba. Tampoco había filósofos ni fastidiosos sofistas que entretuvieran á la gente con gárrulas y falaces peroratas. En aquella plaza pública de Samos no había tribuna para el orador, gradas ni bancos para el auditorio. Y el tirano sonreía, sonreía. En el lugar donde en otros tiempos se alzó la tribuna, había al presente dos hoyos no muy hondos, hechos para que en ellos afirmasen los pies los tiradores de barra, los discóbolos, los jugadores de kótavos. El pueblo era feliz, tan feliz como el mismo Polícrates que lo gobernaba, tan feliz como los buenos esclavos de los amos buenos.

Cruzaron la plaza dos ciudadanos pobremente vsetidos: uno de ellos renqueaba, por ir calzado con una sandalia rota que dejaba pasar las chinas por los agujeros.

—¿Ves esos dos hombres?—dijo Polícrates al faraón. —Pues así, como uno de esos era yo hace veinte años:

un jitón desgarrado y astrozo cubría mis carnes: duras sandalias de cuero de buey, toscas como las que gastan los cimmericos, me desollaban los pies... ¡y ahora!... todo cuanto alcanza desde aquí nuestra vista es mío, todo menos lo cima del promontorio de Micala que allá lejos, lejos se entrevé. Mi poder en estas tierras y en estos mares no hallará quien lo contraste, quien lo contradiga. Y todo ello se lo debo á nuestra divina protectora, á la hermosa Hera, la de los blancos brazos, digna esposa de Zeus. Y al decir estas palabras, Polícrates besó con místico arrebató el anillo en cuya esmeralda estaba grabada la imagen de la diosa.

El faraón escuchó con reposo tan arrogantes palabras; luego meció un poco los hombros y meneó la cabeza, á cuyo movimiento sonaron con áureo tintineo las grandes ínfulas triangulares de oro y pedrería que le tapaban las orejas y el collar que daba catorce vueltas al rededor de su pescuezo robusto, y del cual pendía la figura de un ibis con las alas esplayadas. Después, ceceando un poco, porque hablaba mal el griego, dijo en el tono sentencioso y magistral propio de un hombre descendiente de sesenta generaciones de monarcas:

—Verdad es, oh Polícrates, que los dioses te han favorecido. Con su ayuda lograste convertir en vasallos tuyos á los que eran tus iguales: pero aún no debes ufarte de tu victoria. Piensa en que los ojos de los enemigos no tienen párpados, y tus ojos sí: por tanto, hay quien vela mientras tu duermes. Si eres discreto, no te sientes con tanta confianza en un trono levantado hace veinte años: el mío fué erigido hace dos mil, y... los dioses sólo saben...

Interrumpió estas palabras un grupo de esclavos que rodeaban á un soldado samio, un psileta ó infante medio desnudo y que por toda arma llevaba al costado una aljaba de cuerdas retorcidas, vacía de flechas. El hombre venía fatigado; por su frente estrecha y ceñuda corría el sudor. En la mano traía un saco de cuero. Al llegar junto al rey, hincó la rodilla y dijo con voz temblona:

—Haz, poderoso señor, que el humo de los sacrificios empañe la claridad del cielo: coronate y coronemos todos nuestras cabelleras con ramas de laurel y de encina. He aquí lo que por mandato de tu fiel quiliarca Políodoro, general siempre vencedor, te traigo como reliquia y trofeo de nuestra victoria sobre los efesios.

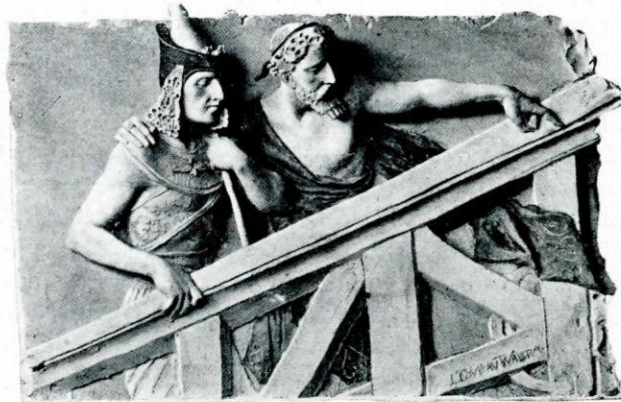
Y vaciando el saco, extrajo de él una cabeza lívida teñida de sangre cuajada, los ojos abiertos, pegados al cráneo los mechones rubios.

—Esta—dijo Polícrates gravemente, reconociéndola despacio—es la cabeza de mi mayor enemigo, Areteo de Mileto, y esto significa el triunfo de mi ejército de tierra.

—Bien—arguyó el faraón;—pero eso no es la victoria completa. Aún tienes lo mejor y lo más recio de tu poder, la escuadra confiada al azar de las olas; y quien su bien deja en el mar...

Cortó estas palabras súbito é indistinto clamoreo que en toda la isla se alzaba. Callaron todos, suspensos, y á poco en la raya del mar se vió rozando las aguas algo como uno bandada de grullas que avanzaban en triángulo. Polícrates lanzó irónica mirada al desconfiado faraón y nada dijo. Por todas partes sonaba el mismo grito, que corría de los frescos labios de las vendimiadoras á las macilentas bocas de los viejos y á las infantiles gargan-

tas:—¡Vela, vela! ¡Son los nuestros! ¡Nuestra escuadra! ¡Victoria! ¡Io, io, Paidón! ¡Bendita Hera la de los blancos brazos!...—Y la vendimia cesaba, y en medio de las



viñas quedaban esparcidos por el suelo los capachos de moscatel, y los pisadores salían de los lagares con las blancas pantorrillas pintadas del color morado del mosto, y corrían por las calles las mujeres gritando como bacantes, y todos se lanzaban al puerto poseídos de alegría triunfal, lo mismo los ancianos de flácidas piernas que las matronas á cuyo pecho se agarraba una criatura.

Polícrates seguía callado, pero la felicidad, el orgullo le subían al rostro en llamaradas rojas, y el insecto verde y brillante del anillo paseaba febril en carreras locas por su lengua barba.

Llegaba en tanto la flota, enfilaban la bahía los picos de las aves fantásticas labradas en la proa de los barcos, y parecían abrirse más, llenos de alegría, los gigantes ojos humanos pintados á babor y á estribor. Arriadas las velas, los barcos atracaban, saltaban á tierra marineros y cargadores frigios, egipcios, negros etíopes, cargados de riquezas, de todas las joyas, las preseas, los tapices, los vasos, las armas de una ciudad tan rica y grande como Mileto, saqueada con furor por sus eternos enemigos los samios.

El jefe de la flota, Oxífanos, un viejecillo seco de semblante puntiagudo, tan torpe en el andar por tierra que iba tambaleándose como borracho, subió á donde el rey estaba y en breves frases contó lo ocurrido. Los samios habían tomado á Mileto, y él sólo había tenido que recoger el botín en sus barcos.

—Pero—repuso el descontentadizo faraón—¿entonces no habéis peleado con la armada de los cretenses...? Todavía tienes ¡oh Polícrates! enemigos terribles en el mar, mientras tu escuadra se entretiene en transportar bagatelas.

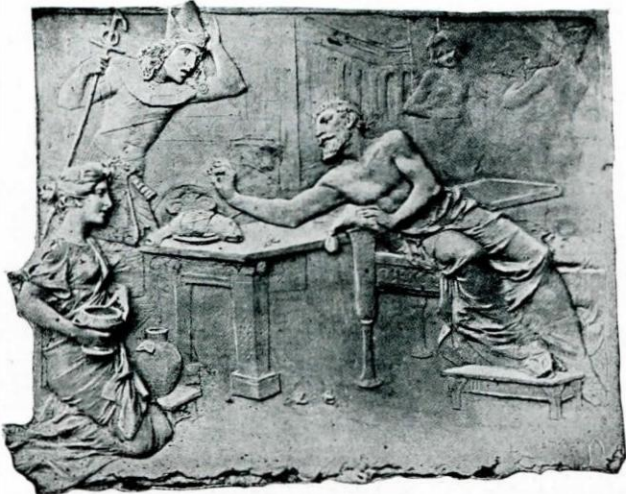
—Perdona, señor—le atajó Oxífanos.—Los barcos de Creta, sólo Poseidón, dios y árbitro de los mares, sabe dónde estarán: al doblar la barra del golfo Latmiaco vimos á muchos de ellos, perseguidos por los contrarios vientos, hundirse, chocar entre sí á otros. Sabemos que la escuadra cretense ha quedado hecha añicos. Hemos estivado nuestros barcos con los despojos de Mileto, porque no teníamos enemigos que combatir.

Extraña luz alumbraba, al oír esto, el rostro de Polícrates. El del monarca egipcio, por el contrario, se ensombrecía cada vez más.

—¡Oh dichoso Polícrates!—exclamó;—feliz entre los

mortales; miedo me causas. ¿Cómo podrás sostener el peso de tantas venturas? Ya veo cernerse por cima de tu cabeza la envidia de los dioses, que no consenten á mortal ninguno gozar de la felicidad por entero. También á mí en otros tiempos me acarició la fortuna. Ayudáronme en mis empresas deidades tan poderosas como la tuya: Horus, el inmortal, puso en mi hombro su mano. Tuve un solo hijo, único heredero de mi reino y de mi gloria. La envidia de los dioses me le arrebató. Todas mis posteriores venturas, ¿qué valen, amargadas por aquel grandísimo dolor...? Así tú, que ahora no sufres ni la más leve pesadumbre; tú que eres feliz de pies á cabeza, en este mismo instante debes invocar á los dioses ó á los invisibles genios que nuestros destinos rigen, pedirles una tristeza, un sacrificio, una gota de hiel que mezclar á tu presente felicidad. Soy tu amigo, Polícrates, y al verte colmado de glorias y satisfacciones sin cuento, tiemblo por tí, y te ruego que te procures voluntariamente algo para no confundirte con los dioses, para evitar su ojeriza, para aplacar su cólera; despréndete de una parte de esa beatitud, de la que te parezca más grande, más honda, y serás fuerte contra las adversidades que te amenazan, porque volverás á tu humana condición.

Polícrates miró en derredor suyo, á la ciudad, á la tierra, al mar, al cielo. Un rayo del sol, que ya muy bajo estaba, arrancó chispas de la esmeralda de su anillo, chispas verdes que reflejaron en las pupilas del tirano.



—Ni en cielo ni en tierra—dijo pausadamente—hay para mí joya más preciosa que este anillo. Consagrarlo quiero á las Euménides vengadoras para que me perdo-

nen mi bienandanza.—Y quitándose la sortija, la besó otra vez y la arrojó al mar.

Aquel día y aquella noche no hablaron más el rey y el faraón.

A la mañana siguiente, llegada la hora del almuerzo, presentó el cocinero en la mesa un enorme robadallo.

—Este pescado, señor—dijo,—lo trajo esta mañana muy temprano un pescador viejo, diciendo, y así lo creo, que nunca había visto un pez de esta clase que tan desmesurado tamaño alcanzara.

Polícrates y el faraón no se admiraron de lo que el cocinero impresionaba tanto: más al trinchar el rodaballo, ¡oh milagro y maravilla!, he aquí que el vientre del pez aparece una piedra verde engastada en oro... Los dos monarcas no pudieron reprimir un grito, de júbilo el de Polícrates, de espanto el del faraón.

—¿Lo ves, lo ves?—clamaba Polícrates triunfante.—Pero ¿qué te pasa? ¿dónde vas?

Y el egipcio, que se había puesto en pié y recogía su manto como para marcharse, con el rostro más amarillo que las ondas del Nilo en Agosto, la voz turbada y un temblor tan grande en todo el cuerpo que todas las joyas de oro que le cubrían sonaban como címbalos y campanillas de un camello trotón, dijo, retrocediendo paso á paso:

—¡Oh, no, no, yo no puedo estar más aquí, Polícrates, no puedo permanecer á tu lado! Los dioses buscan tu perdición. Tengo miedo, mucho miedo. ¡Pobre de tí! ¡Pobres de los tuyos!

Y dirigiéndose al puerto á todo escape, se embarcó y partió á toda vela hacia Egipto.....

Cantó en inmortales versos esta viejísima fábula el poeta Schiller. No quiso desconsolar á sus oyentes ó lectores contándoles el fin de la historia, que es el siguiente.

Alentando por el éxito y deseando aumentar sus dominios y sus glorias, porque la felicidad es insaciable, emprendió Polícrates la conquista de Jonia. Tropezó allí con el poderío enorme del soberano de Persia, Darío Hidaspes. El samio y su ejército fueron rechazados y perseguidos hasta su isla. Un bárbaro sátrapa de Darfo, llamado Orontes, puso cerco á Samos, la tomó, y el dichoso Polícrates fué desollado vivo y después colgado en una cruz en su regio palacio, acrópolis de la ciudad.

Sucedió esto hacia el año 522 antes de Jesucristo; pero lo mismo podía haber sucedido ahora, porque el faraón Amasis tenía razón sobrada: la dicha completa no es de este mundo.

F. NAVARRO Y LEDESMA.



EL TEATRO EN PARIS

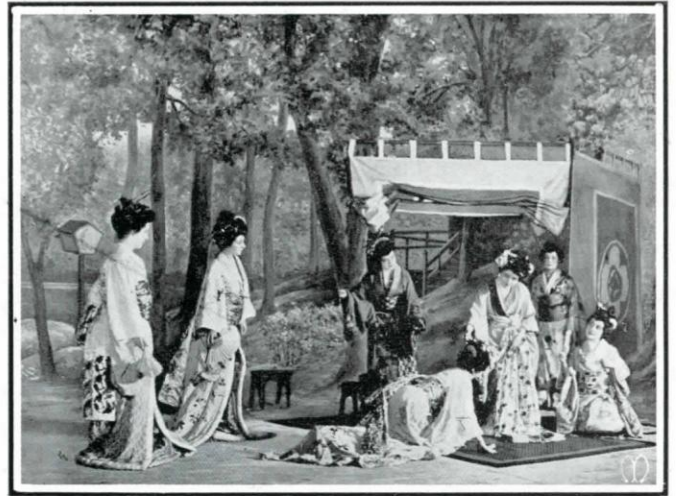
La hija de Teófilo Gautier el primoroso artista, Judith Gautier esposa en un tiempo de Cátulo Mendes publicó hace cuatro años una hermosa novela de japone-rías titulada *Princesas d' amour*, cuyo argumento le ha servido para hacer recientemente una pieza teatral en cuatro actos y siete cuadros, con igual título, y estrenada con éxito en el *theatre del Vaudeville*. No es una obra trascendental ni mucho menos pero si es una comedia entretenida, ligeramente artificiosa y sobre todo saturada de ese encanto exótico de ese atractivo ingenuo y delicioso que se saborea en las japone-rías de Loti y en general todas esas obras artísticas en que se describe la ya antigua vida y psicología del Japón de los *samourais* y *daimios*. He aquí el argumento de las *Princesas de Amor*.



"Princesas de amor"—Acto I

El príncipe Kamamura había reinado en una época en una de las regiones del Japón, cuando existía el antiguo régimen feudal, pero la nueva organización del Imperio le desposeyó del trono y el príncipe retirado en su palacio ejercía un simulacro de autoridad en unos cuantos servidores é hijos de los antiguos vasallos, en su mujer y en su hijo, el príncipe Mitsuda, joven de veinte años que lejos de sentir los gustos de la juventud se ha consagrado con toda su alma al estudio de la filosofía. Toda la vida la dedica á compulsar y estudiar los textos de los viejos autores, y este trabajo intelectual asiduo altera la salud del joven príncipe por lo que su padre resuelve confiar el cuidado y educación de su hijo á Yamato, que no es como podría pensarse un anciano preceptor, sino un jovencuelo de la misma edad del príncipe, pero de humor más alegre y mejor orientado en las practicas de la vida social.

Yamato ha viajado por Europa, se ha empapado de la vida occidental, ha tunanteado en los bulevares parisienses y es el más aparente para desasnar al huraño y erudito príncipe. Encantado de la comisión que se le confía, lleva á su pupilo á Tokio, antiguamente llamada Yedo. En el corazón



"Princesas de amor"—Acto II

de Tokio está el Yoshivara, esa especie de ciudad de amor, habitada por gentiles cortesanas educadas especialmente en todos los refinamientos de la pasión y los sentidos, é instruídas en la música, el canto, las ciencias, la filosofía y la poesía, que componen poemas y entienden todos los resortes para seducir y encantar á los hombres.

Es allí donde se propone Yamato llevar á Mitsuda pero tiene que arbitrarse algún medio para vencer las repugnancias del joven sabio que difícilmente aceptará cambiar el estudio por el placer, los libros por las mujeres, ni las disciplinas á que ha sometido su espíritu por la vida muelle y dulce del amor. Yamato piensa que estas cosas deben penetrar en el alma de su pupilo de una manera paulatina é insensible á fin de que la conquista de esa alma no provoque rebeliones. Por esto Yamato se vale de una estratagemata; finge á Mitsuda que en un arrabal de Tokio vive un viejo erudito dedicado á sutiles investigaciones y al estudio de los manuscritos más raros. Naturalmente el estudioso Mitsuda arde en deseos de conocer y visitar á ese hom-



"Princesas de amor"—Acto III

bre admirable. Lleva Yamato al príncipe al barrio ga-



"Princesas de amor"—Acto IV

lante. Las sutiles explicaciones que le da Yamato hacen que el príncipe no se asombre mucho al atravesar las callejuelas del Yoshivara llenas de faroles y luces, como si estuviera ese barrio de fiesta, los gritos alegres de infinidad de mujercitas afectuosas, y los llamamien-



"Princesas de amor"—Acto V

tos y bromas de las cortesanas inferiores que miran á los pasajeros desde sus aposentos en forma de jaulas. El joven príncipe pasa sin prestar atención á todo ello: sólo piensa en llegar á la morada en que ha de recibirle la hija predilecta del sabio, única persona que, según le ha dicho Yamato, puede introducirle donde el viejo erudito. Llegan donde la Cigüeña Blanca—nombre de la vieja cortesana que se ha prestado á la estratagema urdida por Yamato—quien introduce al príncipe donde la bella Picaflor, la más bella y ansiada de las cortesanas del Yoshivara.

Picaflor es una princesa auténtica robada á su familia en una de las guerras civiles y consagrada al Yoshivar. Esta princesa se conserva pura é, inspirada por sentimientos de ingénita aristocracia, ha resuelto no pertenecer sino á otro príncipe como ella, digno de su amor. El departamento de Picaflor es un pabellón encantador, construído entre jardines y decorado con rosas y flores de manzano. Ya Mitsuda se encuentra conmovido en esta habitación perfumada en que aguarda á la joven hija del sabio. Entra una mujer le saluda y desaparece: es *Vaso de oro*, sirviente de la princesa. De pronto ve Mitsuda en el parque una joven

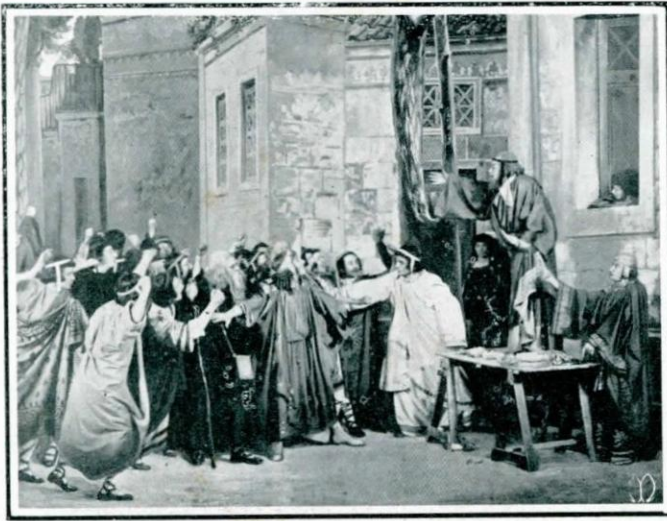


"Las nubes"

lindísima que le sonrío dulcemente y desaparece entre el follaje como una hada de ensueños. A poco entran Picaflor y Vaso de oro. La princesa se ha sentido enamorada del ingenuo príncipe, quien á su vez siente despertar en su corazón dulces sentimientos por la joven. A las pocas palabras que cruzan se adoran los dos príncipes. Mitsuda se olvida del sabio y de todo y sólo piensa en la fel ciudad de amar y ser amado. Todo el día lo pasan repitiéndose dulces frases entre las flores y escuchando los cánticos de amor de las *moussmés*, hasta que la noche envuelve con su misterio los arrullos amorosos de los dos amantes que reposan en el lecho nupcial. Mitsuda más enamorado que nunca resuelve al día siguiente ir á ver á su padre y rogarles que le permita casarse con Picaflor. Parte dejando á su amante un recuerdo vehemente de su pasión y un puñal para que ella se mate si el destino la separa mucho tiempo de su amado. Mientras transcurren los días de la separación, Picaflor pasa el tiempo con su sirvienta á orillas del estanque del parque, lamentándose en tristes trovas y oyendo las crónicas y leyendas del Yoshivara que la refieren las compañeras de galantería que vienen á visitarla. Las noticias que recibe por medio de Yamato no son muy consoladoras. El príncipe Kamamura no consiente en

el matrimonio de su hijo, sino con una princesa de su rango: precisa pues encontrar la generalogía de Picaflor y la infeliz amante no posee más prenda de su noble origen que el vestido de seda bordado de oro que vestía cuando de chiquilla fué raptada á sus padres.

Yamato decidido á servir estos románticos amores parte con ese débil testimonio que ha de guiarle para encontrar á los padres de Picaflor. Penetra Yamato una noche en una posada sospechosa en que se reúnen algunos rebeldes y belicosos descendientes de los antiguos *samourais* y en la que se entregan, arrastrados de su espíritu guerrero, á pasatiempos sangrientos y combates mortales. Como todos ellos guardan recuerdos y leyendas del pasado régimen, Yamato espera allí obtener alguna luz sobre los ascendientes de la princesa Picaflor. En efecto el caballero Kantaro cree ver en la trama del tejido de la túnica de la princesa ciertos indicios significativos que le regocijan y se presta á acompañar á Yamato para proseguir la investigación. Pero cuando los dos amigos van á emprender el camino otros dos caballeros, Koyamé y su hijo, por humor de gresca, se oponen á que salgan. Entáblase un doble duelo que se

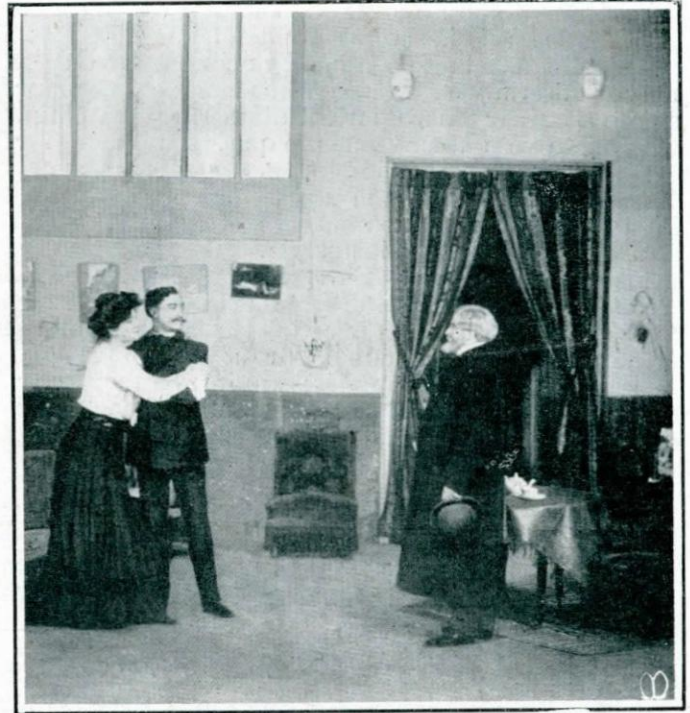


"Las nubes"—Acto III

realiza inmediatamente, y en el que vencen los campeones del amor, saliendo heridos, aunque ligeramente los dos Koyamé, quienes persiguen á sus contrarios á fin de suscitarles dificultades. Entretanto el tiempo pasa y Picaflor languidece de amor. En vano Vaso de oro, la da generosamente sus economías para comprar el derecho de aguardar más tiempo sin prestar servicios en el Yoshivara. Es forzoso que reciba á un nuevo y rico extranjero que exige su amor. Es perfumada y vestida con el mismo vestido con que recibió á Mitsuda. Se oyen músicas de amor en honor del extranjero: tocan á la puerta del aposento. La princesa resuelve matarse con el puñal de su amante, y ya va á realizar su intento, cuando entra Mitsuda con sus padres y sus amigos, y con la prueba de que Picaflor es una princesa auténtica, Kamamura bendice la unión; Kantaro, que es el padre de la princesa, entra al servicio del príncipe, su yerno; y Yamato y la cigüeña Blanca son debidamente recompensados.

La ejecución de este bellissimo cuento oriental fué admirablemente llevada á cabo, dejando en los espectadores la ilusión de haber vivido unas cuantas horas dentro de las leyendas de una raza sobre la que la nueva civilización ha echado un barniz de prosaismo y decolorado el encantador matiz local y exótico.

En el teatro de las Artes se ha estrenado un arreglo de *Las Nubes* de Aristofanes, hecho por Mr. Sacha Guity. La obra es una sátira contra Sócrates, á quien Aristofanes no quería bien.



"Del amor á las lágrimas"—Acto II

También se ha estrenado en el mismo teatro con alguna aceptación la pieza en tres actos de Maurice Lefevre, *Del amor á las lágrimas*, que se desarrolla del modo siguiente; Mr. Lormier hombre de edad un poco avanzada ha recogido en su casa á una huérfana, Julieta, hija de un obrero y aunque la ama como un padre acaba por casarse con ella. La enorme diferencia de edades hace que entre estos esposos no pueda existir otra cosa que el amor filial y el amor paternal. Julieta, virgen de corazón, se enamora del pintor Montclair, mozo de talento pero pobre. Julieta abandona á su marido para ir á vivir en la buharda de su amante y gastar



"Del amor á las lágrimas"—Acto III

con él algunos valores que roba del escritorio de Lormier. En realidad no es un robo el que comete porque Lormier le había hecho ya donación de su fortuna. En el segundo acto la esposa infiel y su amante viven en la mayor miseria y en un momento en que Montclair ha salido á buscar dinero para el almuerzo, tocan la puerta. Julieta va á abrir temiendo que sea un acreedor: es Lormier que ha envejecido mucho con el sufrimiento. Lormier sabe la situación angustiosa por la que pasan los dos amantes y como ama á Julieta paternalmente no se resigna á dejarla en la miseria. Quiere ser el padre cariñoso que siempre fué. Entra Montclair y le propone Lormier una combinación que hará dichosos á todos. No se divorciará pero harán los tres vida común: será un marido-suegro. ¿Por qué? Porque está convencido de que Montclair solo, no podría explotar su talento y por consiguiente no podría ofrecer á Julieta las comodidades de la vida y la felicidad á que ella tiene derecho.

Trascurren los años. El matrimonio *de tres* produce desde el punto de vista económico los frutos que esperaba Lormier. Montclair es pintor célebre, oficial de la Legion de honor, candidato al Instituto. Sólo en un punto no acertó Lormier: Julieta es desgraciada porque Montclair tiene queridas y no se porta como es debido. Julieta se querrela ante su papá-esposo y le revela sus amarguras. Lormier se exalta de furor y en una explicación que tiene con Montclair, estrangula al amante infiel sacando su ancianidad fuerzas inusitadas. Después de realizada esta tragedia llama á Julieta y le anuncia que acaba de matar al amante, en esta forma verdaderamente curiosa:—Esposa mía, estás viuda.....

No necesitamos decir que este argumento es fabuloso y que reina en él una gran falta de lógica y de verdad. No obstante el atrevimiento de la concepción y la novedad de la situación de ese matrimonio *de tres*, revelan en el autor un fuerte y notable ingenio dramático.

HIPÓLITO.

CRÓNICA DE LA QUINCENA

“A través de un prisma”

El verano muere, y con él muere también la animación en los balnearios. Súbitamente un frío otoñal ha sucedido á la tibieza de las antiguas tardes, y las limeñas, celosas siempre de la conservación de su belleza, han hecho aparecer las boas de ancho y rizado plumaje por los malecones y paseos. Chorrillos y Barranco se despueblan lentamente; en sus abandonados ranchos reina un triste silencio, apenas interrumpido por el chocar de las puertas que la brisa del mar agita; por sus avenidas, cuyo piso amarillean las hojas caídas, no discurren ya las veraneantes, como en las noches alegres de Febrero. Ha llegado el otoño y las bañistas trocan la blanca muselina de los días de verano por el traje *tailleur* de los paseos al «Colón», dejan la plataforma de los baños por los palcos de nuestros teatros, abandonan el campo llevándose el recuerdo de algunos *flirt*, feliz ensueño para el corazón de muchas, pasatiempo sin importancia en la memoria de otras.

En La Punta también concluyó la temporada, y hoy las terrazas y muelles muestran sus mosaicos y sus pintarrejados barandales escuetos de los grupos que antes

los animaran con las armonías de su conversación y gracia. El último domingo las habituales concurrentes despidiéronse de sus amigos de siempre; terminaron para ellos las galantes charlas de aquellas mañanas, recordadas hoy con la tristeza que nos inspira siempre la alegría pretérita.

Pero no todas las despedidas han entrañado tristezas; en Chorrillos el verano fué alegremente abandonado con la *matinée-soirée* celebrada el penúltimo sábado. Más de una de mis gentiles lectores recordará aquella fiesta llena de belleza y luz, y mucho de los suscritores de PRISMA habrán traído del Casino el recuerdo grato de la esperanza cogida en una vuelta de *vals* y de la graciosa silueta entrevista vistiendo el traje escotado y el sombrero *bergère* de los casinos de Ostende. Para todos fué esa una velada feliz, pasada tan rápidamente como la vida de las flores que, cogidas por la tarde murieron aquella noche sobre el descote elegante de la mujer amada.

ZADIĞ.

Abril 15 de 1907.

Nuestra información gráfica

En el muelle del Gran Hotel de La Punta se verificó el almuerzo ofrecido al doctor Antonio Miró Quesada, con motivo de su cumpleaños, por un numeroso grupo de sus amigos personales y políticos.

La belleza del sitio elegido y la entusiasta alegría de los comensales dieron una fisonomía singularmente feliz á esta simpática manifestación.

Otro banquete más debe registrar nuestra crónica quincenal, y es el que fué ofrecido al señor José Payán, el estimable y caballeresco gerente del Banco del Perú y Londres, por los empleados y corredores de la «Bolsa Comercial de Lima», sociedad en la que el señor Payán ha sido reelegido como presidente.



Tenemos hoy el agrado de ilustrar nuestras páginas con el retrato del señor Domicio da Gama, distinguido diplomático brasileiro que hace pocos días ha presentado sus credenciales ante nuestro gobierno, como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la República del Brasil.

El señor da Gama es un celebrado literato y ha es-

critado algunas obras sobre cuyos méritos hablaremos próximamente.



Enlace-Piaggio-Bértora

Foto Moral



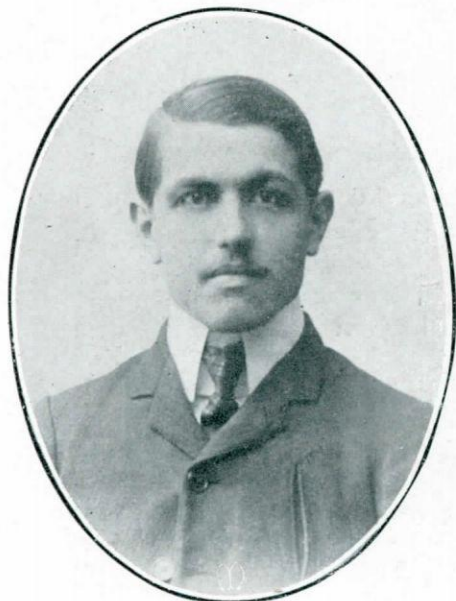
Dr. Aníbal Gálvez

Foto. Moral

Nuestro distinguido colaborador, Dr. Aníbal Gálvez, autor de los estudios históricos sobre el Callao que venimos publicando, ha sido nombrado recientemente juez interino del crimen, lo que no obstará para que entre sentencia y sentencia se dé tiempo para continuar las publicaciones con que honra esta revista.



Pronto emprenderán viaje á Europa á perfeccionar sus estudios los jóvenes médicos Manuel Pflucker y Pedemonte y Alberto Flores de la Torre, alumnos distinguidos de la Facultad de Medicina, y cuya contratación ha sido justo que el Gobierno premiara pensionándoles en el viejo mundo. El primero de los nombrados obtuvo



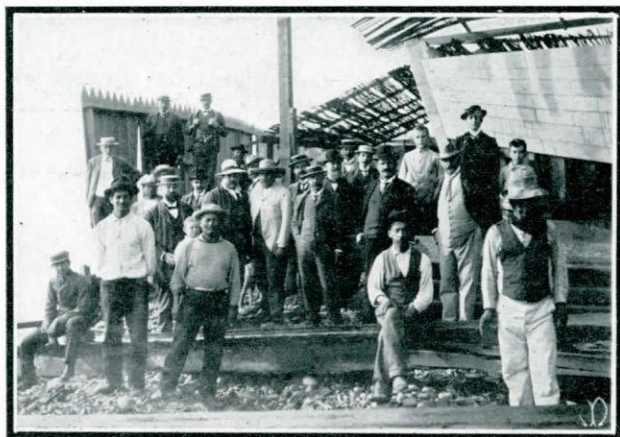
Dr. Manuel Pflucker y Pedemonte



Dr. Alberto Flores de la Torre



Echadura de un barco en el Callao



El astillero

Fotos. Lund

las contentas de bachiller y de doctor; y el segundo un *accesit* á una contenta y premios, habiendo cumplido brillantemente las comisiones que el Gobierno le diera en 1905 y 1906 en la obra de combatir la peste en varias provincias.



Nuestro viejo puerto ha instalado un astillero para la construcción de barcos de un tonelaje—que si no será el de los grandes vapores y de las gigantescas naves de guerra—es el necesario para pequeñas naves mercantes. Hace pocos días se realizó la echadura de un casco de un barco de doscientas toneladas, llevándose á cabo la operación con todo el éxito que era de esperarse. Nuestros grabados reproducen el astillero y la obra del lanzamiento de la nave que dentro de breve tiempo cruzará ante nuestras costas cargando en sus bodegas los productos de la tierra y del trabajo.



Arequipa se conserva fiel á sus tradiciones y costumbres. Las últimas noticias que nos llegan de la ciudad del Misti, hacen saber que la semana Santa se ha celebrado allá con el fausto y solemnidad tradicionales. La vista que publicamos nos muestra el recogimiento y la tristeza que poseyera en aquellos días á las devotas que, penetrando el Viernes Santo á la Iglesia de San Francisco, reproduce nuestra instantánea.

En cambio en Mollendo, según se ve en la fotografía tomada por nuestro colaborador *Casi*, el mar no se ha entristecido en aquellos días, dando lugar con

sus repentinas cóleras á espectáculos tan terriblemente hermosos como el que reproducimos hoy.



La simpática colonia alemana celebró en Bellavista, á mediados de la quincena, una hermosa fiesta campestre en la que dominó esa sencilla alegría con que saben reproducir aquí, lejos de la patria, las diversiones ingenuas de los campesinos y burgueses alemanes, tan amantes de la naturaleza. Ofrecemos una vista de la fiesta y un grupo de distinguidos filarmónicos que han formado un club para cultivar el canto alemán, el *lieder* popular en que vive el alma sana y sencilla de la raza.



Pocos hogares nuevos ha formado en esta quincena el amor que tan solícito casamentero fué en la anterior. Sólo podemos dar cuenta de los enlaces Carrillo-Cabrieses, Godoy-López Aldana y Piaggio-Bértora. Las dos últimas parejas han partido para Europa.



Un sensible fallecimiento, sin que este lugar común sea simplemente ritual en este caso, es el del señor Andrés Bustamante acaecido en Arequipa el día 3 del presente.

Fué el señor Bustamante un joven que supo conquistarse el cariño y la estimación de todos los que lo trataron; en él hallaron cabida los hermosos ideales de la rectitud y del trabajo. Había tomado por su educación realizada en Alemania, todo el práctico espíritu, todo el amor al trabajo constante que caracteriza á los sajones y muere desempeñando el alto puesto de visitador de la compañía Recaudadora en los departamentos del Sur.



Personal del club filarmónico alemán



La fiesta alemana en Bellavista

Fot. Lund



✧ Coronel Eduardo Illescas

Fot. R. Castillo



✧ Señor Andrés Bustamante

Fot. Courret



BANQUETE AL Sr. JOSE PAYAN



FIESTA EN EL CASINO DE CHORRILLOS—La cena



BANQUETE AL Sr. J. A. MIRO QUESADA

Mi Tío Barbassou

(NOVELA DE MARIO UCHARD)

(Continuación)

Nuestra pobre sociedad, Señora, se mueve dentro de un círculo estrecho de pasiones y sensaciones tan limitadas que me parece que toda alma dotada de alguna elevación debe sentirse á veces algo asfixiada. ¡Qué felicidad, poder evadirse, con un arranque de la imaginación, de esta cárcel en que nos tienen ahorrados las preocupaciones, y volar á las regiones del sueño! Esclavos de nuestras convenciones civilizadas, extraviarse libremente por los sombríos senderos del mundo pagano poblado de ninfas risueñas y juguetonas... O tal vez, como hijo afortunado del cielo de Asia, vagar por los jardines de sicomoros, donde en las pilas de pórfido, se bajan jugueteando las sultanas. El bosque de Bolonia es, Señora, sin duda alguna, un sitio encantador, pero ha de confesar usted que es muy inferior al *Valle de las Rosas*, y que las señoritas pintadas que en él se encuentran parecen muy pálidas al lado de nuestras almeas... Y después de todo, ¿por qué me había de atraer censuras la sed de lo ideal? Usted, que lee novelas ¿no cree que, por el contrario, sería tan instructivo como curioso estudiar los extraños incidentes que habrían de resultar forzosamente de esta muy natural historia de amor oriental, trasplantada entre nosotros? ¡Qué contrastes y qué acontecimientos desconocidos! ¿No es un verdadero lunar de nuestra notable literatura la ausencia de semejante estudio?

Pero ya oigo en labios de usted una palabra que me asusta... *Inmoral, inmoral.*

Señora, esa palabra me indica que usted se equivoca muy estrañamente acerca de la pureza de mis intenciones. Es usted una mujer de mucho ingenio. Expliquémonos en el terreno de la filosofía y de la moral. Suponga usted que yo me llamo Hasán. En ese caso leería usted seguramente, sin el menor reparo, la muy sencilla novela de mis fingidos amores, si estos daban lugar á dolorosos accidentes, no les negaría usted tal vez el tributo de esa lágrima que sin duda ha derramado usted ante las desdichas de la pobre Namuna. La cuestión de moral sería, pues, seguramente una cuestión de latitud, y la excentricidad de mi situación desaparecería al punto si yo habitase en las orillas del Bósforo ó en algún palacio de Bagdad...

¿Se fijaría usted tal vez en la cuestión más elevada del *sentimiento*?... Precisamente es ese el punto de vista psicológico que me propongo tratar, Señora, aunque sólo fuese con objeto de investigar si el alma humana, libre de toda presión, es susceptible de dilatarse hasta el infinito como un gas libre. Mi objeto es mezclar la ciencia positiva y materialista con el sensualismo etéreo. Todo el mundo sabe lo que es un amor sencillo... pero adorar á cuatro mujeres á la vez... cuando precisamente la generalidad de los hombres honrados consideran que es muy suficiente amar á una sola... me parece una tentativa laudable, digna de inflamar el corazón de un poeta que se las echa de hombre galante, igualmente que el cerebro de un sabio que anda en busca del fluido vital y de las fuentes de la sensación. Semejante estudio sería, de seguro, arduo y severo, pero hay que convenir en que por lo menos tendría alguna gloria si, por casualidad, llegase lógicamente al triunfo del sublime amor cristiano sobre la poligamia pagana ó mahometana. Por otra parte, Señora, al echarme en cara mi pobre y mezquino harén ¿pretendería usted murmurar del rey David ó de las setecientas mujeres de Salomón?... Sin remontarnos á las leyendas bíblicas de estos venerados soberanos, ¿acaso no ha leído usted los clásicos? Dígame usted, ¿en qué ventaja moralmente el poema de don Juan á mi novela? ¿Ha perdido algo de su cándida sencillez el bueno de Lafontaine al mojar su pluma en el tintero de Bocacio? La moralidad de un libro, Señora, estriba ante todo en la moralidad del autor que se respeta, al respetar á su público, y que no hace el frecuente mal de compañías para inducirle á concebir

malos sentimientos. Pláceme trazar el cuadro de estos amores ideales que ha debido acariciar, en su día, todo enamorado de veinte años. Reemplazar á las cortesanas y al vicio con la gracia y la virginidad... y mezclar la anacreóntica con el idilio á semejanza de esos poetas paganos que tantas veces nos han hecho soñar. Abra usted, señora, la primera novela moral que caiga en sus manos, y apuesto mi harén á que el primer interés de la misma se halla sostenido por el adulterio, ya de pensamiento, ya en acción, erigido en hábito social. Desde la época de Menelao andamos siempre á vueltas con el mismo Minotauro... el adulterio, el adulterio y siempre el adulterio... ¡Es cosa tan fatal como monótona! ¿Prefiere usted las novelas de moda sobre las costumbres de las cortesanas?... ¿Esas revelaciones de tocador, en que todo es impuro, venal y degradante? ... Deténgome, Señora, por respeto hacia usted y hacia mi pluma.

¿Prefiere usted acaso esos estudios de los moralistas sobre «La Mujer» en que, desde la primera página, anuncia el autor á los lectores que «no escribe para los oídos castos»?...

Señora, yo tengo por mi parte la pretensión de no escribir jamás una línea que no pueda leer toda mujer honrada... Mi libro perderá seguramente mucha venta; pero me consuelo con el pensamiento de que si logro, á veces, hacer que aparezca una sonrisa en los labios de mis lectoras, á lo menos no haré nunca subir el rubor á su frente. Sobrino de un bajá, me ha parecido curioso colocar en Provenza la escena de una novela turca y hacer de ella un ensayo de psicología. No puede haber novela alguna sin amor. ¿Sería acaso culpa mía el que las costumbres de Oriente impongan á todo enamorado otras maneras de amar? Convinga usted por otra parte en que mis heroínas son más poéticas que las señoritas de moda con quienes, como todo autor, podía poner en contacto á mi héroe... En defensa propia diré como el cándido Chamfort: ¿Tengo yo la culpa de que me gusten más las mujeres que me gustan que las que no me gustan?

P. D.—Sobre todo no diga usted una palabra á Luis del engaño de que le he hecho víctima.

V

¡En buen berenjenal me has metido, animal!... ¡Cómo! Te confío la maravillosa aventura que me sucede, recomendándote el misterio más absoluto ¿y vas y entregas bonitamente mi carta á tu esposa, á riesgo de atraerme con tu indiscreción las mas aceradas é irónicas alusiones á mi situación de bajá?



¿No has comprendido que, si llega á divulgarse la aventura, no podré ya vivir en París, donde seré presa de los periódicos como un personaje excéntrico y legendario, y donde no me será ya posible aparecer en el club, en el teatro ni en un salón sin verme acogido por sonrisas burlonas ó de asombro? Ya me veo en el Bosque seguido por los bobalicones, encantados de poder

enseñar con el dedo «al señor que posee un harén». ¿Te has vuelto idiota al hacerme traición tan abominable?

Cuento muy seriamente con que vas á reparar tu torpeza aceptando, á los ojos de tu esposa, el papel de burlado que te confío, porque le he escrito que no hay ni una sola palabra de verdad en esta historia, que es una novela inventada por mí en mis horas de ocio, durante el tiempo que debo forzosamente



pasar en la soledad de Ferouzat, á fin de terminar cuanto se refiere á mi herencia. En resumen, como no dudo que lo primero que ha de hacer será enseñarte mi carta, espero de tu amistad que finjas darle crédito. Sólo con esta condición continuaré haciéndote mis confidencias, que hoy suspendo hasta que me hayas dado palabra formal de absoluta discreción.

VI

Soy dueño de un juramento y reanudo mi relato en el punto en que lo suspendí. Vas á ver lo que hubieras perdido. Pero ante todo es necesario un breve exordio. Querido amigo, te refiero una historia, extraordinaria especialmente por el fondo de sensaciones desconocidas que encuentro á cada paso,—has de convenir en que mis amores no se parecen á ninguna situación de enamorado ya prevista, y hubiera sido en verdad una gran pérdida para el porvenir de la psicología el que el héroe de semejante aventura no fuese al mismo tiempo, como lo soy yo, un filósofo capaz de hacer de ella el más escrupuloso análisis.

Ante todo, para comprender perfectamente las singularidades de semejante situación, debes prescindir por completo de cuanto has podido conocer en materia de amores accesibles á los míseros Lovelaces de nuestra sociedad. Esas uniones inciertas y efímeras de amantes y queridas, en que no impera mas ley que el capricho, y que sólo el capricho puede romper, esas posesiones inmorales y sospechosas que nada pueden garantizar y en que se codea uno con el rival de la víspera y con el de mañana. En todos esos amores hay algo de precario y humillante.... Dadas nuestras costumbres no puede haber ningún secreto ni misterio, porque la belleza de la mujer más amante y más amada



sirve de pasto á todos los ojos, constituye como el goce de un bien común. En mi harén los encantos de Zura, Nazlí y Konyé-Gul, al abrigo de toda mirada, no han podido embriagar sino mis ojos. Mi posesión tranquila desconoce los punzantes cuidados que despierta siempre el recuerdo de un antiguo rival. El porvenir no es menos seguro que el presente; su existencia me pertenece; son mis esclavas y yo su amo; tengo cargo de almas. Dicho esto, continúo mi relato.

No me haré la injuria de recordarte que mi interesante na-

rración quedó cortada en los albores del primer día de mi luna de miel. No hay seguramente nada tan delicado como la gracia y el encanto de semejante día. Los tímidos rubores y los nacientes abandonos; el recuerdo tan cercano aún de las sensaciones; todo ello mezclado con el sentimiento de la plena posesión. El amor ha rasgado todos los velos. Las almas que se buscan y se confunden en una vida común se hallan ligadas por la participación de un tierno secreto. Había yo vuelto al castillo antes de que se levantase la servidumbre; después de tomar un baño, me quedé dormido y no me desperté hasta el medio día. Almorcé y esperé á que fuesen las dos para volver á El Nuzá. Un apresuramiento excesivo hubiera sido indicio de sentimientos vulgares, y yo deseaba mostrarme á la vez discreto y apasionado. Aquel momento del día conciliaba ambos sentimientos.

Pretender pintarle el estado de ánimo en que me hallaba, equivaldría á querer contar una función de fuegos artificiales. Hay agitaciones del corazón que no caen bajo el dominio del análisis. El encanto que me dominaba, embriagaba mi pensamiento como el humo de haschich, y me me costaba trabajo el reconocerme á mí mismo en aquel personaje de un cuento oriental; tenía que hacer un gran esfuerzo para darme cuenta de mi identidad y asegurarme de que no era víctima de un ensueño... Después pensaba en que iba á verlas de nuevo y en que me estaban aguardando. Seguramente se habían hecho ya mutuas confidencias.... ¿Qué acogida me iban á dispensar? Era yo tan no-

vato en el papel de sultán, que temblaba ante la idea de cometer algún solecismo que me desprestigiase á sus ojos. Andaba á ciegas en aquel paraíso de Mahoma, cuyas leyes ignoraba. ¿Me convenía conservar la majestuosa actitud de un visir ó abandonarme á las tiernas expansiones de un amante?... En medio de mis perplejidades estuve á punto de llamar á Mohamed Azis para que me diese algunas lecciones de estilo, según la usanza del perfecto bajá de las orillas del Bósforo; pero tal vez su intervención iba á dar al traste con mi felicidad.... Ni por un momento pensé en introducir la jerarquía en mi harén, porque me hubiera sido imposible la elección de una favorita. Las amaba á las cuatro con amor enteramente igual, y no hubiera podido ni aún soportar el pensamiento de que quedasen reducidas á tres, sin experimentar pesar de un amor incompleto.

Llegó al fin la hora sin haber tomado resolución ninguna. Adopté el prudente partido de obras según las circunstancias y me encaminé hacia mi harén.

Creo haberte dicho ya que mi parque comunica con El Nuzá por medio de una puertecita de cuya llave soy yo el único poseedor. De allí parte una especie de laberinto que conduce al Kars por una solitaria y estrecha senda. Al llegar al último recodo que va á desembocar en los jardines al descubierto, divisé bajo el verandah á Mohamed Azis, que parecía acechar mi llegada; acudió hacia mí con gozoso apresuramiento y con interminables zalemas. En seguida adiviné que lo sabía todo. Pedí noticias y me respondió que me esperaban; precisamente en el mismo instante oí gritos de alegría y luego ruido de pasos precipitados que se mezclaban con el crujir de la seda....

(Continúa)





VESTIDO "TROTTEUR", por Strom



VESTIDO SASTRE, modelo de la casa Mamby